

LA OBRA LITERARIA COMO TÉCNICA DE LA COMPASIÓN

Yeison Trujillo Bernal



UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PEREIRA
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN ESCUELA DE ESPAÑOL
Y COMUNICACIÓN LICENCIATURA EN ESPAÑOL Y LITERATURA

2019

LA OBRA LITERARIA COMO TÉCNICA DE LA COMPASIÓN

Yeison Trujillo Bernal

Trabajo presentado como requisito para obtener el título de Licenciado en Español y

Literatura

Dirigido por:

Mg. Rodrigo Argüello Guzmán



UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PEREIRA

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN ESCUELA DE ESPAÑOL

Y COMUNICACIÓN LICENCIATURA EN ESPAÑOL Y LITERATURA

2019

Nota de aceptación:

Firma del director de la tesis

Ciudad y fecha:

Dedicatoria

A mi esposa que religiosamente ha estado allí con ese misterioso parpadeo de sus ojos, iluminando los días y apretando mi mano en momentos difíciles.

A mi madre que con titánico esfuerzo y un amor incondicional ha luchado siempre por brindarme un bienestar.

A mi tía mamá, Ángela, quien desde que me vio por primera vez no ha dejado de apoyarme con su amor y cariño, enseñándome el lenguaje de la esperanza.

Agradecimiento

Al profesor Rodrigo Argüello Guzmán por tomarse el tiempo de revisar estas aburridas líneas. Y sobre todo, por esa virtud de cazador y la pasión con la que expone y contagia una pasión inútil como todo lo bello.

A mi hermano y amigo Germán Valencia que como un sacerdote órfico, me ha ensañado que la mirada debe apuntar al misterio y me ha heredado esa extraña y curiosa propensión al mito.

A Octavio y Beatriz, quienes con su abrigo han sido amigos, apoyo, guía y luz.

Contenido

Presentación.....	7
Un esquema rizomático.....	10
1.0. El escenario de la literatura como cuerpo de la ética o cómo fabricarse su propio manual de conducta	13
1.1. Literatura y ética: un terreno común.....	13
1.2. El espacio íntimo como material literario	18
1.3. Diagnosticar la ambigüedad: una respuesta a la filosofía	22
1.4. El problema ético de los románticos	24
1.5. Modelar la conducta sin esquematizarla	27
1.6. Vida y literatura, hacerse una ética - estética.....	29
1.7. En defensa de la singularidad	31
2.0. El relato de la moral en conceptos	35
2.1. Un breve viaje por la conducta humana	35
3.0. La ética como interpretación de los conceptos morales	49
3.1. Hacia una ética de la compasión.....	49
3.2. Vautrin: un delincuente singular.....	57
3.2.1. Monsieur Homais y el fanatismo científico.....	59
3.2.2. Peter Schlemihl: un conciliador	60
3.2.3. Maqroll el Gaviero: ecléctico, aventurero y reaccionario.....	64
3.2.4. Jhon Kaltenbrunner, un monje sin abadía	68
4.0. La impaciencia del corazón como relato interpretativo de la ética	72
4.1. Sonámbulos en el cuartel.....	72
4.1.2. El escape como una forma de heroísmo.....	73
4.2. Hofmiller un impostor sutil	76
4.3. Transformación	81
4.3.1. Individualidad.....	84
4.3.2. Situación.....	86
4.3.3. Biografía	89
4.3.4. Ambigüedad	92
4.3.5. Ausencia	95
4.3.6. Asimetría	97
Conclusión	99
Bibliografía	100

Presentación

No se pretende en esta monografía señalar en la literatura sindéresis alguna, no queremos indicar en el artefacto literario ninguna disposición moralizante; aun menos adjudicar a la obra literaria el estatus de modelo de una ética de mínimos, sino, mostrar cómo esta logra sin que esto esté en sus presupuestos creativos, exhibir lo que podemos llamar el problema de la ética, plegando- ocultando cualquier clase de conclusión que conduzca a una moraleja o paradigma ético. Este ocultamiento, es el punto fundamental de nuestra propuesta- no solapa, ni borra el sentido de lo humano, sino que siendo anti -modélica en su complejidad (siendo cada obra literaria perfecta, un sistema en sí misma) es una técnica compasiva, no juzga, ni define, suspende cualquier fin produciendo persistentemente un único valor que admite la ambigüedad y/o la pluralidad humana: la Compasión. La del autor que crea fantásticamente todas las situaciones que su imaginación, contexto y diseño le permitan y la del lector que se identifica con un carácter que no por bueno inspira o enamora, sino por su bien delineada arquitectura.

Sin duda, desde la antigüedad se ha buscado la manera de sistematizar el nervio y las acciones humanas, relacionando, en principio, esta normativización de los gestos, a contenidos míticos y religiosos, vehiculizados en un logos, guiados por una imposición metafísica en la cual, las reacciones estaban iluminadas por un actor, en ausencia. Próximo a irrumpir en el escenario. Bajo este plano, las acciones, siempre difusas, estaban completamente ligadas al desvío, a la deriva: al pecado. Por tanto, al ocultamiento, a las pequeñas esferas, poco exploradas. Desde siempre, la singularidad de un individuo notorio, muestra que aquello de la ética y la estética, casi nunca lindan.

Paulatinamente las acciones ligadas al cumplimiento de lo que no se puede negar, puesto que está adscrito a lo irrenunciable, a la escritura invisible de los dioses; pasó a estar en el orden del día de la circunstancia, del análisis, del enfoque, del paradigma, desde lo alto del promontorio fue el mismo hombre quien a manera divina y desde abajo, formuló posibles escenarios universales en los que todos, sin excepción, salvo una especie de demencia que requiera encierro o blindaje monetario, debían responder de una misma manera a su cotidianidad en relación con los otros y a cada una de las esferas en las que socializaba. Ahora, sin dioses, el temor tendría que haber desaparecido y las acciones, trabajadas finamente por un tratamiento meditado del lenguaje, alejarían la barbarie, pero curiosamente la historia muestra que justo cuando más ilustrada estaba la sociedad, el hombre gozó como si fuese un deporte extremo, con el sufrimiento perpetrado al mismo hombre. Esto, deja varios interrogantes, no sin antes quedar perplejos ante el aforismo de Kafka, *solo el mal se conoce a sí mismo*.¹

Por un lado queda claro que la estela de dios nunca se ha alejado, aunque su presencia es notoria, en los hombres de carne y hueso, y extensiones tecnológicas de la actual época. La figura divina, tras diversos rostros, permanece en la medida que nos percatamos de su ausencia. Queda claro que, como lo pensó el gran maestro Eugenio Trías, es preciso, Pensar la Religión², y en particular, la religiosidad de los hombres con seriedad y sin escudos. Por el otro, la racionalización de la conducta que reemplaza la mirada mítica de antaño, generadora

¹ En el ya clásico libro de George Steiner, *En el Castillo de Barba Azul*, se puede comprender bien la ambigua

² El 19 de junio de 1990, el maestro Eugenio Trías, publicó un artículo en *El País*, titulado, *Pensar la religión*, allí consignaba una profunda preocupación que posteriormente se volvería un interesante libro. El eje central de su diagnóstico giraba en torno a lo siguiente: Barcelona, E. Trías. *Pensar la religión*. *Diario El País*. Recuperado de https://elpais.com/diario/1990/06/19/opinion/645746412_850215.html

“Ya no basta curarse en salud, modo volteriano, tildando la religión de superstición. Ni siquiera basta con hablar del "opio del pueblo", del "platonismo para el pueblo" o del "porvenir de una ilusión". Poco avanzamos mediante la repetición usque ad nauseam de alguno de estos estribillos ilustrados, hijos de la filosofía de la sospecha. Entre tanto, la religión comparece en el horizonte y nos reta para que la pensemos de verdad, y hoy es quizá un momento verdaderamente propicio.”

de la ética que tanto lastre y discusión teórica ha propiciado, ha estado permeada siempre por la mítica, es decir, mitos y logos nunca han estado separados y yendo más lejos, el hombre es y seguirá siendo un animal de claroscuros, ambiguo, impulsivo y delicado, en tanto sereno, fuerte y reflexivo.³

Imaginación y razón, imagen y concepto, todo esto está allí, en la puesta en escena, en la que el hombre está inmerso diariamente. Y es justo esto lo que se plantea en este trabajo, entender que la finitud es condición constante en las dinámicas de los hombres y que esta *complejidad constitutiva*, en palabras de Lluís Duch, se encuentra presente en la literatura, que es, sin miedo a exagerar, el único lugar donde se expone lo ético, sin ser definido, sin delimitarse, sin moralizarse.

³ Es quizá Lluís Duch uno de los mayores estudiosos de este asunto, en su libro *Mito, Interpretación y Cultura* Duch indica:

“(…) la trágica historia de occidente ha puesto de relieve que la “dialéctica del amo y el esclavo” es una “característica” muy actual de nuestra cultura, que también se puede detectar en el abanico de modulaciones que es propio de la palabra. *El logos*, ayer vencedor y consagrado como el *súmmum* de lo humano por los ilustrados y, sobre todo, por los adeptos del economicismo y de la tecnociencia, hoy es tratado como un profundo desprecio por parte de muchos de los adeptos del “new age” (en otro tiempo, representantes incondicionales de la ‘conciencia crítica’) en virtud de un intento de reducir la totalidad de la existencia humana a una “mitología” cualquiera. En esta guerra civil en el interior de la palabra, se han empleado dos estrategias: ‘paso del *mythos* al *logos*’ y ‘paso del *logos* al *mythos*’. Tal como hemos expuesto en nuestro estudio, estos “dos pasos” se han caracterizado al mismo tiempo por una enorme beligerancia y por un optimismo pueril, porque, en el fondo, se deseaba, por una parte, instituir un discurso totalizador, único y omniexplicativo y, por otra, existía el convencimiento de que esto era posible. O bien *ilustración total* o bien *romantización sin límites*; o concepto sin imagen o imagen aconceptual; o blanco o negro”. (p. 498).

Un esquema rizomático

En primera instancia, haremos una defensa de la literatura desde una reflexión ensayística, denotando que en ella se genera lo que llamamos el problema de la ética y que todos los fenómenos que se han intentado hallar conceptualmente desde la filosofía y otras ramas, en la obra literaria han tenido la vigencia necesaria para prestarles atención.

Posteriormente, como dicta la norma, se hará una revisión mínima de la comprensión, en occidente, de la conducta humana y su desarrollo a lo largo de la historia a través de conceptos, hasta llegar a la formación del individuo moderno. Esto en un plano filosófico y teórico, como se presenta en la tradición de la reflexión moral que ha tenido vigencia hasta el momento.

Después, entraremos a problematizar dicha reflexión moral, ya no en estatutos filosóficos sino a través de un panorama más interdisciplinar. En el que se enfatiza que, como síntoma de la época que nos corresponde, solo es posible una reflexión ética en un plano corporal en el que los sentidos juegan un papel vital. Allí mismo, se dispondrán unas breves semblanzas de personajes literarios que pensamos son portadores de este insumo necesario para concebir la obra literaria como una técnica de la compasión. Mostrando que el ser humano moderno ya no puede ser comprendido desde una visión monocromática de su devenir y por tanto, se torna de amplia relevancia, una reflexión ética que tenga su génesis en la literatura. A partir de unos personajes que reflejen en el lector un panorama de tensiones y ambigüedades impresos en una disposición anímica que por integrar en sí, diversos elementos de lados opuestos y en constante diálogo, son formas que problematizan cualquier tipo de presupuesto ético, haciendo inadmisibles toda máxima, ejercitando el valor de la dificultad de lo complejo, de lo plegado y de lo ambiguo: presenta pasiones juntas (es compasiva) y contrarias sin dejar otro camino al lector que la misma compasión por los personajes y por lo humano.

Para concluir, dedicaremos un capítulo entero a la obra del escritor austriaco Stefan Zweig, *La Impaciencia del Corazón*, en particular, los vericuetos del militar Anton Hofmiller, aplicando elementos que el escritor español Joan-Carles Mèlich expone en su obra *La Ética de la Compasión* y que considera necesarios para que se genera una reflexión ética inspirada en el *espíritu de la novela*.

Así pues, se propone en este trabajo, mostrar que la obra literaria se puede concebir como *técnica de la compasión* en la que se entienda al hombre, escenificado en un campo de tensiones en el que nunca hay una respuesta exacta ni a priori para lo próximo, lo porvenir.

Una reflexión crítica que plantee que *el verdadero principio de individuación es el otro*, al que nunca se llegará a conocer completamente. Una discusión en torno al problema de la ética que no recaiga solo sobre presupuestos metafísicos, pero que al tiempo no remita su interés exclusivamente sobre la circunstancia y la finitud. Pues la tesis principal apunta o señala hacia el misterio como fuente inagotable de lucidez y a un tambalear constante entre lo desconocido y no lingüístico y lo conocido y expresable, formando así, el único presupuesto con el que el hombre se escenifica cotidianamente. De lo contrario, esto sería una ética progresista o una ética conservadora, no más que fraseología y diagnóstico, una especie de grito desesperado ante el nefasto porvenir. Aquí, se deja claro que tanto el hombre que se arrodilla en un templo y sale hacia donde su familia a orar y pasar una velada con sus hijos, como el que se consume a sí mismo en el calambre tóxico de los alcaloides y la noche, en relaciones pasajeras y el estupor de la mezquindad, es el mismo *hombre de carne y hueso*, capaz de lo más virtuoso y al mismo tiempo de los más monstruosos.

Alaba al ángel el mundo, no el indecible: ante él
no puedes presumir con lo esplendorosamente percibido: en el
[todo del mundo,
donde él siente más hondo, tú eres un novato. Por eso
enséñale lo sencillo, que, formado a través de generaciones,
como cosa nuestra vive junto a la mano y la mirada.
Dile las cosas. Quieto estará, con estupor, como tú estabas
viendo al cordelero en Roma, o al alfarero en el Nilo.
Enséñale qué feliz puede ser una cosa, qué inocente y nuestra,
cómo hasta la quejosa pena se decide, pura, a la forma,
sirve como cosa, o muere en una cosa, y hacia allá,
dichosa, escapa del violín. Y esas cosas que viven
de evasión comprenden que las alabes, fugaces;
confían en alguna salvación en nosotros, los más fugaces.
Quieren que las transmutemos enteras en el corazón invisible,
en nosotros, infinitamente; en nosotros, seamos lo que seamos
[al fin.⁴

Rainer Maria Rilke, *Elegías de Duino*

⁴ Rainer Maria Rilke, *Elegías de Duino*. Lumen, Barcelona, 1980, versión de José María Valverde

1.0. El escenario de la literatura como cuerpo de la ética o cómo fabricarse su propio manual de conducta

1.1. Literatura y ética: un terreno común

Una posible definición de ética en su más estricto sentido corporal, sería aquella en la que el individuo llega a un juicio racional o mediado por un aparente *logos* que sin desinstalarse de la tradición reflexiva que lo cobija, no se ampara en ella. De ahí que ponga en duda la norma, es decir: la moralina. Evite concebir dicho juicio desde una objetividad aparente y su resultado sea siempre individual y no responda a un ejercicio metafísico o universal. Su portador es un individuo envuelto en múltiples tramas. De ahí que el ámbito con mayor posibilidad para la reflexión ética sea la literatura, literatura en tanto narración o construcción de rasgos comunes en la condición humana o actitud creadora de índole estética.

Enlazar, por tanto, literatura con ética, resulta necesario y pedagógico, pedagógico en un sentido estrictamente liberal. Pues, dicho empalme sugiere una apertura, sin señalar la puerta, por supuesto. Esto es, una invitación a la reflexión. Y si atendemos a esta invitación, comprendemos que toda lectura es un naufragio que se sucede en la medida que exista una interacción entre el texto y el lector como lo entendía Terry Eagleton⁵. Dicha interacción posibilita que el lector en su discurrir lleve a cabo un acto reflexivo, *rodeando la posibilidad de la reflexión ética*. Puesto que dicho acto imprime en el lector un ánimo a indagar, “sobre la vida y su sentido, y sobre la legitimidad de los actos humanos individuales y colectivos y sobre la pertinencia de los valores que fundan dichos actos”.⁶

Para Erasto Antonio Espino Barahona, la relación entre ética y literatura “determina un espacio fronterizo entre dos dominios cognitivos diversos y complementarios, distintos pero

⁵ Terry Eagleton, Una introducción a la teoría literaria, Fondo de Cultura económica, 2016, p. 66

⁶ Erasto Antonio Espino Barahona, De *ethikós* y de *litterae*: Contornos teóricos para un curso de Ética y literatura, Espéculo, Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid, 2001, p.3

implicados”⁷ de ahí, la relevancia que adquiere como objeto crítico que, más que un estudio pormenorizado de la historia de la filosofía moral que busca enseñar, imprime múltiples imágenes exhibiendo la ética de los diversos personajes de cada obra y generando en el lector, una tensión constante en torno a la condición humana. Pero para el caso, es debido ejemplificar qué se entiende por literatura y qué tipo de literatura es pertinente para que se genere un hallazgo.

En primero lugar, la visión formalista rusa de la literatura, cuya función sería la aplicación formal del lenguaje a una estructura metodológica que responde a un orden y a diversos elementos que se encargan de transformar el lenguaje en literatura, no es lo que aquí se toma como literatura. Pues la función de la literatura no debe ser una expresión válida que se encapsule en unos determinados lineamientos. *Es más, función, en tanto utilidad, no puede hallarse en literatura.* Lo que interesa, para el caso, es la impresión que hay en la literatura de todos los elementos que constituyen la idea del hombre. Es decir, una política, una moral, una cultura, una historicidad, etcétera. Rasgos todos elementales y notorios en el plano literario. Confrontados generan, campos de tensiones, huellas de la comprensión del hombre como un ser ambiguo y complejo.

No se trata, siguiendo la idea de la escuela rusa, de deformar el lenguaje ordinario en pro de un lenguaje literario. Pues lo aquí planteado, se enmarca en el acercamiento hacia aquellos espacios íntimos y comunes que a todo hombre le competen y que no se expresan, solo mediante un lenguaje elevado o recursivo. *Lógicamente la literatura es un fenómeno estético que utiliza las palabras para construir edificios de ficción con recursos estilísticos.* A lo que se intenta hacer referencia es que estos edificios de ficción se configuran a partir de *modelos abiertos como el mito, en constante pervivencia bajo diversas formas*, modelos heredados que fluctúan y provienen de elementos comunes a todos los hombre y referenciados en

⁷ Ibid., p. 5

personajes que, como leyendas o mitos, constituyen arquetipos delimitados que nunca llegan a una especie de cierre categorial, pero que, a pesar del tránsito y las modificaciones escénicas, curiosamente, se reavivan en la realidad de cada hombre. Por sencillo que parezca, Todos, llevamos en sí, un Alonso Quijano, una Madame Bovary, un Gregorio Samsa o un Jhon Kaltenbrunner. Y no es necesario, ni obligatorio acudir a la expresión reforzada, a la palabra enmarañada. Todo esto se vehiculiza en un lenguaje ordinario y se transporta en el sentido común. De ahí la importancia del *lector como cazador de sentidos*⁸, en este caso, como un investigador de la conducta humana que encontrará, no ya en los libros de filosofía moral aquello que hace humano, demasiado humano: al hombre, sino en arquitecturas literarias y de su realidad cotidiana.

Aristóteles, con referencia a las creaciones de ficción establece que todas vienen a ser imitaciones. De diferentes formas y por medios diversos de acuerdo a su origen. Resalta, además: “Más, pues los que imitan, imitan a hombres que actúan y estos necesariamente serán esforzados o de calidad baja (los caracteres, en efecto, casi siempre se reducen a estos solos, pues todos sobresalen, en cuanto al carácter, o por el vicio o por la virtud), o bien los hacen mejores que solemos ser nosotros, o bien peores o incluso iguales, lo mismo que los pintores”⁹ (Poética 2, 1448^a1-al5)

La conducta de estos personajes puede ser mejor que la nuestra, peor o en el mismo nivel. Esta suerte de lineamiento parece estar enmarcado en una visión de la literatura desde un panorama netamente moral. Pues está determinada por una visión de la virtud y una idea fija de lo bueno y lo malo. Es decir, así la representación o imitación sea de aspectos negativos, desde el inicio se comprende qué es un aspecto negativo. Por ende, es la representación de un aspecto que previamente se concibe bajo esta designación.

⁸ Expresión proveniente del libro del Profesor Rodrigo Guzmán Argüello, *El lector como cazador (De sentidos)*. Net Educativa Editorial, 2013

⁹ Aristóteles, *Poética*, edición trilingüe de V. García Yebra, Gredos, 1974, p. 131

El conocido crítico literario Northrop Frye, en el primer ensayo del libro *Anatomía de la Crítica*, establece que las ficciones, “pueden clasificarse, no moralmente, sino con el poder de acción del héroe, que puede ser, mayor que el nuestro, menor o el mismo”¹⁰ Esta clasificación sitúa al personaje, siempre, en un panorama contrastado. Es decir, a partir de lo que el autor considera bueno o malo. El primero que aparece en la lista es el héroe que es superior en *clase* tanto al medio como a los demás hombres inmersos en él. Esta superioridad cabría preguntarse cómo la entiende el autor, en este caso, dicho héroe debe ser un ser divino y constituiría un mito. El segundo, es superior en *grado* a los demás hombres y al medio que los rodea, lleva a cabo hazañas maravillosas que superan las condiciones comunes a su devenir y en relación a la vista de otras personas comunes, realiza acciones sobrenaturales pero se comprende a sí mismo, como un hombre de carne y hueso. Es el héroe por antonomasia del romance. El tercero es superior en *grado* a los demás semejantes, pero no al ambiente que los rodea. Su capacidad de mando lo configura como un jefe, tiene tenacidad, se involucra en los vericuetos de la sociedad. Además, posee autoridad, pasiones y su conducta es elevada en relación a los otros. Corresponde a la épica y a la tragedia exponer ejemplos de este tipo de héroe *mimético elevado*.

El cuarto no es superior ni al ambiente ni a los demás individuos que lo rodean. Es en términos precisos, uno de nosotros, un hombre común. Vigente, en mayor grado, en la comedia y en la ficción realista. El quinto es inferior en poder e inteligencia a los individuos que lo rodean. Responde a condicionamientos en los que predomina el absurdo, la servidumbre y es un héroe en modo irónico. Sus padecimientos se representan y ocasionan en el lector la posibilidad de estar viviendo los mismos sufrimientos.

¹⁰ Frye, N., *Anatomía de la crítica*, Twayne Publishers, 1988, p. 36

Esta clasificación demuestra, según la idea de Frye, que la ficción europea en los últimos quince siglos, ha ido desplazando hacia abajo su centro de gravedad en la lista¹¹. Es claro que los cambios políticos de la sociedad traen consigo toda una modificación de las formas de existir, una integración diversa con el entorno de los individuos ya que en la medida que existe un desarrollo técnico y cultural, como es notorio actualmente, la realidad adquiere ya no un *valor medible a través de ingenieros sociales*, sino una *profunda ambigüedad en los diversos escenarios humanos*. Por tanto, esta escala en la que los modelos de héroe o personajes de ficción, con el paso del tiempo ha ido descendiendo, es importante tenerla en cuenta puesto que responde a un mundo que con el paso del tiempo ha puesto su foco en el hombre y su devenir, secularizando toda idea sacra de la realidad e instaurando al hombre de carne y hueso, como un personaje vigente que por su prevalencia se torna, al tiempo un misterio en cuanto a sus modos de conducta, como un recurso para la literatura.

La tesis parece apuntar que a mayor grado de complejidad del mundo en su aspecto técnico y habitable, mayor grado de ambigüedad en el individuo y menor relación con un plano metafísico o divino. Por tanto, la comprensión del hombre como un ser finito, un ser en relación con su medio, cuya corporeidad determina su respuesta que nunca es a priori y que debe habitar un panorama de tensiones, se torna imprescindible al momento de analizar la conducta de los hombres y es en la literatura donde puede hallarse dicha mirada.

Una mirada atenta, una mirada respetuosa con el otro, cuya resistencia no sea meramente exponerse en el exterior sino minar su interior con una variedad de cuestionamientos. Por ello, los personajes que interesan al lector poseen elementos de todas las clasificaciones, pues, a diferencia de una *visión moralista de la literatura*, una *filosofía moral de la literatura confronta al individuo sin ninguna idea previa sobre lo bueno o lo malo y si la tiene, lo obliga a enfrentarse ontológicamente a dichas presunciones*.

¹¹ Ibid., p. 40

1.2. El espacio íntimo como material literario

Solo los cuerpos de los muertos pueden localizarse sin ambigüedades

Peter Sloterdijk

Con la época moderna los rastreos psicológicos de la mentalidad del hombre, se inclinan por precipicios diversos, no hay manera de comprender, en generalidades expuestas, las acciones individuales. Rezaría una máxima inteligente que analice con detalle los diversos modelos de imaginación que han imperado en los siglos pasados, como es el caso del XIX y la sociología y el XX con el profundo interés generado por la develación de la psicología. Pues, la medida del espacio en la que cohabitan los seres humanos deja de lado, espacios ausentes de toda visibilidad, espacios sustraídos pero vigentes, que generan intersubjetividades ambiguas e individuos con un malestar propensos al abismo.

Resulta curioso que en un mundo que lucha por la reserva individual, las personas que siempre, pareciera, escapan a las estadísticas pretenden ser los individuos más arriesgados en el panorama social, exhibiendo su anomalía como si se tratara de un desfile de singularidades. ¿Y si los que realmente escapan a las estadísticas, son las personas comunes, con una aparente vida normal? Ocurre que con frecuencia y las noticias extrañas cotidianamente lo referencian, son las personas que parecen tener una vida normal, rutinaria y con una finca métrica en torno a sus realizaciones, las que en un parpadeo, pueden llegar a modificar su conducta en el extremo opuesto al que habían estado adscritos muchísimos años.

Esto demuestra la compleja psicología del comportamiento humano que por más que se busque arrojar en costales y medir, excede toda normativa y está siempre inmersa en situaciones límite que ponen al individuo en una lucha constante con su condición ambigua.¹²

¹² Lluís Duch, como Cassirer, entiende al hombre como un ser que ha de enfrentar su realidad a partir de construcciones simbólicas. Este *ser de mediaciones*, está inmerso en un trayecto personal repleto de

De ahí que uno de los develamientos de los románticos, siguiendo la idea atribuida a Heráclito sobre el gusto que tiene la naturaleza por ocultarse¹³, haya sido esa terrible comprensión, la cual indica que por debajo de lo más sublime y bello, escondido, en forma de ausencia, está lo terrible. La transformación repentina del sentimiento. Esto nos prepara para entender que las relaciones humanas, siempre estarán a merced de fuerzas incontrolables, puesto que, como lo indica Peter Sloterdijk “la relación entre sujetos humanos que se reparten un campo de proximidad hay que describirla como una relación entre receptáculos inquietos, estresados, que se limitan y contienen mutuamente.”¹⁴ Estos seres estresados, manifiestan un sin número de problemáticas en su espacio íntimo. Escenificando en su trayecto singularidades expresadas mediante estructuras universales de la conducta. Notorias y vigentes en la literatura, pensada como un campo de batalla de las diversas tensiones que acompañan a los hombres y que sin ser delimitadas o enmarcadas como planteamientos sintomatológicos, se exhiben, desgarradamente, dejando siempre una huella, el rastro de un aprendizaje que ayuda al individuo a comprender su singularidad. Desde el asombro y la inquietud que siempre han estado allí, como una fuerza interior dispuesta a salir a flote.

Se entiende pues, cómo es posible adquirir un ética a través de la comprensión finita y espacial del hombre y sus relaciones, puesto que sin caer en la transparencia de la metafísica, cuyo horizonte reside en el más allá. El hombre, o más precisamente, esa *anarquía de átomos*¹⁵, como lo denominó Nietzsche, se entiende a sí mismo como un *ser de mediaciones*, cuyo aroma materno lo va preparando para un baño simbólico en el que, poco a poco, va construyendo un escudo con el cual se adscribe, como primera medida, a una comprensión temporal de su entorno, y luego una red de significados invisibles que van tejiendo su

contratiempos, su naturaleza es contingente, múltiple y va construyendo su realidad a partir de la condición corpórea que lo enfrenta a múltiples escenarios donde nunca hay una respuesta a priori.

¹³ Kirk, G. S., Raven, J. E., & Schofield, M., Los filósofos presocráticos, Gredos, 1981, p. 280

¹⁴ Peter Sloterdijk, Esferas: microsferología. Burbujas. I, Siruela, 2009, p. 86

¹⁵ Friedrich Nietzsche, El caso Wagner: Nietzsche contra Wagner, Siruela, 2002, p. 35

conducta. Esta concepción del hombre, se relaciona con el pensamiento de Lluís Duch y su antropología de la ambigüedad:

El punto de partida es: el ser humano no es radicalmente bueno ni malo, sino ambiguo. No está, por consiguiente, determinado a priori. El hombre es un ser aposteriorístico, es decir, un ser interrogativo-responsorial ante las diferentes situaciones en que, desde el nacimiento hasta la muerte, va encontrándose en su trayecto biográfico. En sentido positivo y negativo, constantemente, interrogamos y somos interrogados, respondemos y nos dan respuestas. Todo eso implica que, lo queramos o no, somos seres éticos cuya característica es la relacionalidad. Y la calidad de nuestra relacionalidad es el indicador más fiable de nuestra humanidad o, por el contrario, de nuestra inhumanidad. En y por él mismo, el ser humano es, como decía García Bacca, indefinición. Afirmar que fundamentalmente el ser humano es ambiguo quiere decir también que es libre, pero conviene añadir enseguida: condicionalmente libre.¹⁶

Esta aproximación al ser humano resulta pertinente al verificar, con ojos alucinados, el panorama próximo que rodea todo acontecer. Y, comprender que, en tanto animales, siguiendo la expresión de Nietzsche, *el hombre es un animal no fijado*, un ser cuya conducta, excede toda pretensión objetiva, y necesariamente quien quiera acercarse a un estudio reflexivo sobre este, deberá empezar por prestar mayor atención a los espacios íntimos, al lenguaje, cuyo misterio transporta en un vaivén constante la condición humana, ese rasgo esencial y asombroso que separa al animal simbólico de los otros. Y aquí, se realza uno de los atributos que permiten entender al ser humano como un ser ético y en constante reflexión.

Puesto que:

Desde el nacimiento hasta la muerte precisamos de símbolos porque para construir e instalarnos en el presente tenemos la imperiosa necesidad de “lo ausente”. O, expresándolo de otra manera, porque somos seres finitos, que sólo disponen de una cierta cantidad de espacio y de tiempo, nos vemos obligados a utilizar artefactos y representaciones que, de alguna manera, llenen el vacío de nuestras carencias e insatisfacciones. En el fondo, toda representación es la presentación o la presencia de un vacío que, más o menos imperiosamente, necesitamos colmar, llenar para continuar viviendo.¹⁷

¹⁶ Solares, B., & Lavaniegos, M., Entrevista con Lluís Duch. Del trayecto autobiográfico al proyecto antropológico, 2008, p. 173

¹⁷ Ibid., p. 175

Bajo este tamiz, la conducta humana se torna como el lugar en el que la contingencia se expresa constantemente. Es decir, aquello indeterminado que irrumpe y que ningún ingeniero social le puede hacer frente. *Por tanto, la finitud del hombre y su profunda ambigüedad tienen como escenario indicado para ser expuestas: la literatura.* Entendida no como un lugar alejado al que un desertor se remite para huir de la realidad. Para construir su tienda de resguardo en el bosque de la ficción. Sino, como un lugar y una manera de resistir, de entender e intentar comprender y hallar la conducta de ese ser claroscuro que es el hombre. Un recogimiento que permita, en silencio, acumular panoramas, una manera de entender la rebelión no como el viaje hacia la confrontación exterior sino como un profundo navegar interno que transforme y reconstruya. El profesor Josep María Esquirol al respecto de lo aquí expresado dice:

Existir en tanto que resistir... El acento no está puesto en la realización expansiva, sino en el amparo y, por ejemplo, en el discernimiento que desde tal amparo resulta posible. El silencio de quien se recoge es un silencio metodológico—literalmente, ‘de un camino’—que busca «ver» mejor. Afinar los sentidos, básicamente abrirlos; estar en vigilia; hacer como si los ojos fuesen el oído y el oído los ojos: ¿es ésta una actitud estéril, inferior a las ilusiones de la autorrealización?¹⁸

Se trata pues, de afinar los sentidos, conquistar la realidad entendiendo esta no como una posibilidad objetiva sino como la apertura individual al cuidado permanente de sí y de los otros, una especie de sobrecogimiento subversivo que puede ser hallado en la literatura, parece una inversión del gesto anímico pero no lo es. Todo lo contrario, la aventura, aunque sea mental, manifiesta, expresa, crea vínculos con el silencio y al momento de vivir la expresión toma mayor relevancia, el hombre es más cuidadoso de su discurso, entiende que allí, en el gesto, en una mirada y en algunas palabras se arrostra el misterio de la conducta humana, de ahí que esta manera de problematizar el problema de la ética conduzca a una necesaria distancia con los absolutos.

¹⁸ Josep María Esquirol, *La resistencia íntima: ensayo de una filosofía de la proximidad*, Acantilado, 2019, p. 12

1.3. Diagnosticar la ambigüedad: una respuesta a la filosofía

"Para quien busca expresar su interior, el arte no es algo propio de las ciencias del espíritu, sino algo tan corporal como una huella dactilar"

Gottfried Benn.

Es vasta la reflexión que surge en torno a la idea de la crisis del hombre en occidente, desde diversas disciplinas, se ha intentado diagnosticar el porvenir difuso de la humanidad en el largo trayecto biológico del mamífero erguido y sus profundas inclinaciones a la confusión. Por un lado, los filósofos en su irresistible capacidad de formular el porvenir sostenían que la modernidad, *modernidad es aquí el epicentro de una profunda transformación de todas las estructuras que previamente habían sido el sostén de la civilización occidental*, derivaba de un daño paulatino, que la visión técnica y científica del hombre había causado a la tierra, con su pretensión absolutista de medir y delimitar de manera matemática todo su porvenir.

Este malestar, producto del pensamiento positivo y su largo trecho, que prepararía al hombre instruido y mentalmente capacitado, curiosamente hacia actos indudablemente bárbaros y despóticos, fue visto por la filosofía como el momento y el espacio en donde los primeros síntomas de la ambigüedad y complejidad del hombre se inmiscuían en el escenario objetivo, como si se tratase de una nueva institucionalización de lo que posteriormente estaría impreso en el ánimo(a) de toda reflexión humanista sobre el hombre, aquel “olvido del ser” del que hablaba Heidegger, impreso y marcado en el hombre cartesiano y encadenado a fuerzas que lo sobrepasaban, no deja de ser un buen diagnóstico y un cúmulo de intensiones basadas en argumentos de autoridad que, sin duda alguna, se refrescan cada tanto en las catedrales universitarias, auspiciadas por filósofos borrachos o bonachones engreídos con su moralina filosófica; nada más peligroso que la ferviente simpatía hacia una aparente libertad sin dogmas cabalgando sobre una fe inusitada. Para el novelista checo Milan Kundera, esta profunda herida y desligamiento que, es *degradación y progreso a la vez*, conocida como la

época moderna, se hace visible ya en Cervantes, sin echar a un lado la profunda fe de los filósofos, el autor demuestra que estos dictámenes previamente:

Fueron revelados, expuestos, iluminados por cuatro siglos de novela (cuatro siglos de reencarnación europea de la novela). Uno tras otro, la novela ha descubierto por sus propios medios, por su propia lógica, los diferentes aspectos de la existencia: con los contemporáneos de Cervantes se pregunta qué es la aventura; con Samuel Richardson comienza a examinar "lo que sucede en el interior", a desvelar la vida secreta de los sentimientos; con Balzac descubre el arraigo del hombre en la Historia; con Flaubert explora la tierra hasta entonces incógnita de lo cotidiano; con Tolstoi se acerca a la intervención de lo irracional en las decisiones y comportamiento humanos. La novela sondea el tiempo: el inalcanzable momento pasado con Marcel Proust; el inalcanzable momento presente con James Joyce. Se interroga con Thomas Mann sobre el papel de mitos que, llegados del fondo de los tiempos, teledirigen nuestros pasos. Et caetera, et caetera¹⁹

Atendiendo a estas consideraciones, el panorama sería mucho más amplio. Sin lugar a dudas, la filosofía tiene siempre vocación sistemática, pero el ánimo que en diversas épocas ha diagnosticado la crisis paulatina del hombre, la ausencia del dios, la caída de las verdades fijas, la secularización del porvenir, etcétera; está vigente en la narrativa, y en ese ímpetu sobresaliente que emerge de la expresión literaria. Ya se sobreentiende que el exceso de realidad histórica y la iniciativa por comunicarla siempre fue un impedimento de la claridad, lo que entendieron muy bien los románticos. Puesto que buscar cristalinamente los tópicos o sistematizar el aroma de la situación política en diversas épocas ha sido, siempre, un gesto amañado y servil en pro de una ideología o la fanfarronearía individual.

La inestabilidad del hombre posterior a esa profunda escisión causada por el panorama moderno, generó un cambio en la conciencia occidental que transformaría la vida y por ende la organización colectiva y toda estructura simbólica de los hombres, dejando impreso en la expresión literaria y por ende en la singularidad del individuo refractado en ella, este desgarró que produce una notoria complejidad al momento de analizar éticamente a los individuos en conjunto, puesto que todo aquello que previamente había estado adscrito a una suerte de

¹⁹ Milan Kundera, *El Arte de la Novela*, Tusquets, 1987, p. 2

*teatro metafísico*²⁰ en palabras de Mèlich, donde lo firme, lo estable, aquellos paradigmas de la quietud inherente al circular humano, estaban vigentes; abandonaron la escena y desencadenaron una fuga incontrolable de las emociones, ya no importaría si el individuo buscaba una verdad, pues era él con su ímpetu la verdad buscada. Una actitud admirada que se superpone al cálculo, pues este siempre es frívolo y normativo.

1.4. El problema ético de los románticos

Para el pensador alemán, Peter Sloterdijk, los románticos, elevaron a arcano²¹ el asombro primigenio producto del despertar convulso del hombre, ese ímpetu que inclina al mamífero erguido a contar historias, para hallar, con desdén, una silueta tenue de lo que alguna vez fue un rastro. Asombro e ímpetu, generadores de un profundo dictamen ante el misterio cotidiano de un época inclinada a la fractura.

Una respuesta, sin respuesta, en donde la expresión cobijaba lo terrible sobre la estructura de lo bello, la idea es de Rilke. El romanticismo supone una condición ambigua en el hombre y un cambio abrupto en la conciencia occidental, que surge como una respuesta a un modelo vivencial por parte de la imaginación en unos cuantos y que posteriormente se desplegaría como una fuerza intensa y misteriosa, rodeando geográficamente la condición anímica en diferentes países y que, como sostiene Isaiah Berlin supuso “una transformación tan radical y de tal calibre que nada ha sido igual después de éste”²², aunque Berlin no se propone a

²⁰ Basado en la impresión que le genera el Fedón el escritor Catalán Joan-Carles Mèlich en su libro *Ética de la Compasión*, Herder, 2013, p.56, establece el origen del *teatro metafísico* en la meditada simpatía que sentía Sócrates al momento de beber la cicuta, pues lo realmente importante para el filósofo o para la metafísica es este ejercicio previo al morir, convirtiendo la reflexión sobre la finitud en un escenario posterior, lo que el autor llama un “principio de duplicación” que desvía todo interés sobre la reflexión corpórea de la muerte a una realidad alterna.

²¹ Peter Sloterdijk, *Los hijos terribles de la Edad Moderna: sobre el experimento antigenealógico de la modernidad*, Siruela, 2015, p. 8

²² Isaiah Berlin, *Las raíces del romanticismo: conferencias AW Mellon en Bellas Artes*, Taurus, 2000, p. 23

discutir la idea valiosa y posiblemente cierta de Herbert Read y Kenneth Clark y algunos antropólogos e historiadores del mito actuales, en la que el romanticismo indica una condición mental que podría rastrearse en diversas manifestaciones artísticas de épocas previas, lo que resalta el autor y es lo que nos interesa, es un cambio en el tiempo que da cuenta, en política, estética, arte, ciencia, etcétera... Y, que inicia en el segundo tercio del siglo XVII, pero que seguramente ya habían atisbos previamente, cambio que generaría una temática inacabable, la posibilidad de pensar al hombre como un ser escindido, pero quien lo ilustra mejor es el propio Isaiah Berlin:

Comenzamos con un elegante dixhuitième francés, en el que todo empieza siendo tranquilo y suave, obedeciéndose las reglas en la vida y en el arte, existe un avance general de la razón, progresa la racionalidad, se retira la Iglesia y la sinrazón cede a los ataques prodigados por los philosophes franceses. Hay paz, hay calma, hay construcciones elegantes, se cree en la aplicación de la razón universal tanto en cuestiones humanas como en la práctica artística, en la moral, en la política, en la filosofía. Entonces, se da una invasión súbita y aparentemente inexplicable. Surge repentinamente una erupción violenta de la emoción, del entusiasmo. Las personas comienzan a interesarse por los edificios góticos, por la introspección. La gente se vuelve súbitamente neurótica y melancólica; comienza a admirar el arranque inexplicable del talento espontáneo. Hay una retirada general de aquel estado de cosas vidrioso, simétrico y elegante. Al mismo tiempo, ocurren también otros cambios. Estalla una gran revolución; hay descontento; se decapita al rey; comienza el terror. No resulta del todo claro qué tienen que ver estas dos revoluciones entre sí. Cuando leemos la historia, tenemos la sensación de que algo catastrófico ocurrió hacia fines del siglo XVIII.²³

La turbulencia inundaba occidente. La revolución francesa y la inicial industrialización, sumadas al nuevo ímpetu, a ese impulso frenético y político, debió generar, no solo diversos cambios en las estructuras sociales, supuso un tambalear constante de los hombres en la tierra, mino de tensiones la cotidianidad y enfrentó al hombre consigo mismo sin las seguridades de antaño. Todo esto creo un vasto insumo el cual fue recogido por la literatura y otras disciplinas, y al intentar diagnosticar y expresar, ya sea en arte o literatura, lo que resultó, fue una nueva mirada, una mirada contemplativa que huía de la forma clásica, de lo

²³ Ibid., p. 24

métrico y lo adscrito a marcos geométricos, sin dejar a tras la tradición, supuso un rompimiento.

Lo feo, lo siniestro, como lo opuesto a lo diestro, los espacios antes ignorados, antes evadidos, resultaban ahora dignos de ser esculpidos, arrojados a la mera expresión volátil, pues en relación directa con la interioridad del individuo, fueron descubiertas zonas que antes parecían estar dominadas por normativas adscritas a escenarios metafísicos. Toda esta fealdad que en estética supone un cambio, en la conducta de los hombres y su interioridad, genera el deslumbramiento de la sicología compleja de individuos escindidos, alejados de una naturaleza idílica que los llama gritándoles sordamente su propia ausencia, *se demarca más la búsqueda ya no de una naturaleza humana, sino de una condición*. En últimas, como lo dejó claro Gottfried Benn, *ya no existe ningún hombre, solo sus síntomas*. De otro lado, la figura de la automatización, el cambio paradigmático de los elementos que rodean la cotidianidad del hombre, generó un cambio mucho más pronunciado, ahora es la técnica la que reproduce en masa múltiples objetos que paulatinamente en relación con la aparición del pensamiento monetario, se aglomera en el ser del hombre múltiples capas que agudizan su complejidad y la relación con los otros.

Todos estos cambios, que si bien forman parte de un pasado no muy lejano, han generado un individuo que en relación a su entorno y a los elementos que de él surgen, presenta en su conducta, rasgos que exceden todo análisis, toda posible objetividad, un estar en el mundo en tensión cuyo panorama próximo se construye a partir de las profundas ambigüedades de su conducta. Convirtiendo el escenario de la literatura como el lugar indicado para rastrear estos impulsos y al tiempo ejercer, sobre sí mismo, una reflexión crítica que proporcione herramientas hermenéuticas a quien se interese por el estudio del ser humano.

1.5. Modelar la conducta sin esquematizarla

En una reciente entrevista hecha al gran estudioso de los mitos, Carlos García Gual, manifiesta que el mito es una especie de historia inmortal que vive en la conciencia colectiva y asegura que, como lo clásico, no envejece. Su maravillosa pervivencia es notoria en la medida en que se representa bajo soportes que fluctúan con el paso del tiempo. Muchos de los personajes que han causado cierto impacto en la cultura, son concebidos bajo ideas arquetípicas previas de personajes míticos, ya sean clásicos o modernos, de los pueblos o de la literatura escrita.

La historia de la conducta humana, es una historia de tópicos que se vuelven mitos y se institucionalizan en la literatura y fuera de ella. Es conocida la anécdota del campesino de la Mancha que dice que a Don Quijote lo conoce muy bien pero que no ha leído su libro. Esto demuestra claramente que aunque la literatura sea el lugar en el que habitan esta compleja manifestación de elementos que forman modelos de conducta, fuera de ella se reflejan y se pueden comprender e interpretar, convirtiendo la vida, el acontecer diario, los memes de las redes sociales, los espacios comunes y todo ámbito que implica intersubjetividad, en un espacio para construir modelos. Es preciso entender la idea de modelo en analogía con la idea de mito; es decir, existen unos determinados gestos anímicos que, en primera instancia, generaron una clasificación dentro de los patrones de conducta y forjaron nomenclaturas dentro de la memoria colectiva de las sociedades, pero en la medida en que el desarrollo técnico, social, económico y en definitiva, de todo panorama de un tiempo determinado, estos gestos se representan bajo diversas formas, adquieren nuevas funciones, pero perviven y tiene la vigencia de lo que no envejece sino que se disfraza.

Se sabe, por ejemplo, que en noviembre de 1847, Gustave Flaubert le dijo a su amante Louise Colet que estaba leyendo una nueva traducción del Quijote, cuatro años después se disponía a escribir Madame Bovary. Todo es pues, una cuestión de influencias. Esta gran

obra comparte con el Quijote su argumento. La tensión que ocasiona el choque entre el deseo y la realidad, tras alimentar el espíritu con los libros. Idealizar por tanto la posibilidad. Se podría decir que Alonso Quijano permite que Emma Bovary deje de ser un personaje literario para convertirse en un modelo de conducta que tras formar parte del relieve o el decir común en la cultura, se institucionaliza a partir de una arquitectura.

Y estos elementos que configuran una disposición anímica común, se representan en lo colectivo bajo las dinámicas sociales que cobijan el sentir de su contemporaneidad. Por ejemplo, el hecho de que Ema Bovary, fuese la excusa para que Jules de Gaultier en 1892 denominara Bovarismo a una disposición general, a toda una reunión de signos que la psicología, en su afán mesiánico, percibía en la conducta de ciertas personas para configurar una patología.

Si bien el modelo se representa a partir de influencias literarias, dicho diagnóstico surge de la observación crítica de la realidad, para el caso, Flaubert toma para construir su personaje una nota que leyó en un periódico normando en el que se hablaba del suicidio de una joven llamada Delphine Delamare, madre de una pequeña y casada con un oficial de sanidad y quien toma esta decisión por sus constantes engaños y la lujosa vida que llevaba, impropia de su condición de esposa. Aunque definitivamente, toda creación es una suerte de Frankenstein compuesta por influencias provenientes de todos los ámbitos de la vida, solo ciertos elementos, en determinados ambientes y escenarios, constituyen la fisonomía de un espíritu movedizo que encapsula una disposición anímica general y se convierte en un tópico de conducta que se reconoce fácilmente en la conciencia colectiva de la sociedad.

Son múltiples los ejemplos que podrían nutrir una expedición por los misteriosos senderos de las influencias y los modelos, desde el efecto Werther, el Donjuanismo, Fausto, entre muchos otros que permiten esta maravillosa construcción de los imaginarios a partir de arquitecturas, puesto que todo modelo presupone una influencia; es decir, un modelo previo o

un vínculo común con este. Una reivindicación de la tradición cuya función es siempre tan vital y necesaria: *develar en un panorama amplio y vertical la complejidad de la condición humana y su ambigua transformación*. Como si desde antaño, el sentido común fuese la única posibilidad de integrar en el lienzo de la vida, la maravillosa singularidad humana, a la cual solo es posible llegar desde la tradición.

1.6. Vida y literatura, hacerse una ética - estética

El famoso escritor español, Arturo Pérez Reverte, en una reciente entrevista, recordaba algunas de sus anécdotas después de pasar por diferentes escenarios de guerra como reportero durante 21 años. Después se convertía en un afamado autor de obras tan reconocidas como *Las aventuras del capitán Alatriste*, entre muchas otras. Una de estas anécdotas ocurrió en medio de una terrible guerra, se encontraba bastante enfermo y el conflicto no menguaba, sin poder moverse mucho y en una agobiante disentería, era cuidado por un grupo de personas que con la mayor delicadeza y fraternidad arriesgaban su vida para conseguir agua puesto que la necesitaba más que ellos. Estas mismas personas, al final del día, cuando asomaba una pizca de paz conquistada, eran quienes con total desenfreno y entusiasmo, violaban mujeres y asesinaban personas inocentes e indefensas. Afirma el autor que sus novelas fueron posibles, gracias a su experiencia, a su vida a ese trasegar en tensión en el que su ser, casi siempre, estaba en peligro.

Resulta conveniente la anécdota ya que sintetiza, con la precisión del acto, la propuesta aquí planteada. Así como Reverte, el vecino silencioso de nuestra casa, el hombre común que cotidianamente se rasga las vestiduras, en el vaivén misterioso de la existencia. Todos, sin excepción alguna somos portadores de ambigüedades, de esa compleja fisonomía del espíritu que como lo terrible y lo bello, siempre están vigentes en forma de ausencia. De ahí la

relevancia de entender que todos venimos al mundo con una gramática. Es decir, con un panorama posible, heredado, el cual, en el día a día, se convierte en la primera posibilidad ante las diversas circunstancias de la vida, pero del cual se puede huir, cuando se apela a la individualidad.

Parece ser que a todos se nos entrega un mapa en la niñez y unas coordenadas del viaje, pero lo que no se debe olvidar es que el viaje se hace en un espacio, en diferentes lugares, con múltiples personas y que en cada escenario las posibilidades, siempre, son misteriosas y lo buscado no es más que una añoranza, una abstracción. Si se comprende al hombre como un ser en constante proyección y repleto de imprevistos, *una ética corpórea*, del gesto, de la proximidad, de la vida en acto, de la calidez y el cuidado en el lenguaje, se configura como una herramienta útil que, por su natural relevancia, debe atravesar transversalmente la vida en sus diversos escenarios. Puesto que la tradicional manera de apropiarse de la concepción de la conducta humana, casi siempre, gira en torno a un emotivismo binario que se sustrae de la realidad y se enfoca en valores universales a partir de abstracciones fijadas.

Se hace necesario buscar o rastrear una ética en literatura como una manera de hallar el gesto que nos hace humanos sin previamente saberlo, pues quien busca con supuestos previos moraliza todo hallazgo. De ahí que no tenga relevancia el mero acto de la lectura personal, en silencio, algunas veces en la oscuridad figurada y real, sino lo que se lee, es importante entender que el espíritu no puede rastrear los asuntos dilemáticos de la vida arrojados y arrostrados en formas vacuas, repetitivas y sin ningún tipo de ambigüedad. Por tanto, deslindar lo ético de lo estético no es empresa noble. Hallar el problema de la ética en la literatura no significa concebir como literatura cualquier manifestación escrita de los hombres, requiere orientación y tacto, por ello, es importante la labor docente, pues, recurriendo a la ideas antiguas, este debe señalar y no especificar lo bueno o lo malo, es quien

señala pero nunca muestra hacia qué señala, su misión es utilizar el lenguaje de manera victoriosa ante la nefasta claridad actual en la que se recluyen los individuos modernos.

1.7. En defensa de la singularidad

Indudablemente el otro es siempre un extraño inalcanzable. Pero al tiempo, un semejante con el que a simple vista se comparten múltiples rasgos esenciales para delimitar aquello que se llama *condición humana*. De ahí que los gustos operen por influencias y para los empresarios aventureros se torne tan sencillo encontrar la fisonomía de la actualidad. El problema reside justo al momento de encarar la conducta humana con este tipo de ópticas, pues sin duda alguna se analiza la vida particular, tan compleja y en tensión constante, como un caso más en el que se aborda el juicio moral basado en supuestos previos. Aquí es donde toma validez y relevancia la idea de *hallar una ética en modelos o personajes literarios* que no solo permiten ser rastreados en los textos, puesto que al constituirse como arquetipos de conducta sin delimitación absoluta, giran en el devenir y con el paso del tiempo adoptan nuevas formas en ese vaivén impreciso entre ficción y realidad. Así pues, *el escenario cotidiano en el que la criatura simbólica se tambalea, está plagado de rasgos finos y en ocasiones muy escondidos que han cabalgado durante siglos a través del corcel de ceniza de la ficción que no es más que una realidad contemplada*.

Si aceptamos que la ética en tanto disciplina útil y necesaria para los vericuetos de la vida, debe ser manejada, ya no como un elemento estático que opere a partir de análisis de casos o los tan conocidos dilemas morales, todos, basados en una aceptación previa de lo que es el bien o el mal. Si no como un acercamiento distante y al tiempo cercano de aquellos modelos de conducta que integran en sí todas las polaridades y ambigüedades latentes en la condición humana, la responsabilidad de señalar lo bueno o lo malo, le compete estrictamente a quien

es el observar de la tensión reflejada en el objeto analizado, dicho reflejo deberá ocasionar en el observador una confrontación con su devenir que permitirá, sin duda, lograr la verdadera crítica literaria, aquella que fija el libro en relación directa con la vida. Sin el afán reparador o moralizante de algunos sacerdotes de la pedagogía moral.

Esta propuesta de hallar una ética en literatura, sin señalarla, toma como herramienta la concepción de individuo que expresa Claudio Magris basándose en la idea de Nietzsche:

Ya en los últimos años del siglo pasado, Nietzsche y Dostoievski habían vislumbrado el advenimiento de un nuevo tipo de hombre, de un estadio antropológico distinto -en el modo de ser y sentir- del individuo tradicional, existente desde tiempo inmemorial. En su *Übermensch*, Nietzsche no veía a un «Superhombre», a un individuo de capacidades potenciadas y más dotado que los demás, sino más bien, conforme a la definición de Gianni Vattimo, a un «Ultra-hombre», una nueva forma del Yo, no ya compacto y unitario sino constituido, según él, por una «anarquía de átomos», por una multiplicidad de núcleos psíquicos y pulsiones no apresadas ya dentro de la rígida coraza de la individualidad y la conciencia. Hoy en día la realidad, cada vez más «virtual», es el escenario de esa posible mutación del Yo.²⁴

Esta anarquía de átomos que es el mamífero erguido, cuya finalidad actual es fabricarse un escudo simbólico ante el caos del devenir, ya no verá en la literatura un lugar en donde conseguir analgésicos para el exceso de realidad, pues ella misma, según el orden del día de los medios, supera la ficción, la excede y la entrelaza, convirtiendo el escenario cotidiano en la mejor pedagogía posible, un lugar minado de complejidades que le obligarán a contrastar y a buscar en aquellas arquitecturas literarias y paralelamente en la conducta de su prójimo, una ética, un gesto, una idea de vida, una línea de fuga.

La elección de los modelos o personajes aquí designados se realizó de una manera caprichosa y sin ninguna pretensión de prurito literario. Además, no surgen con el énfasis agudo de algunos estudiosos por designar aquello que tiene o no validez. El único requisito para integrarlos en la lista fue hallar en ellos, aquella ambigüedad y eclecticismo en algunos, que forman parte de lo que consideramos vital para que cada lector halle una ética. Es decir,

²⁴ Claudio Magris, *Utopía y desencanto, historias, esperanzas e ilusiones de la modernidad*, Barcelona, Anagrama, 2001, p. 40

un escudo, toda una simbología para confrontarse con su cotidiana existencia. Pues al tiempo, muchos de estos rasgos de conducta se sustraen de la ficción y forman fisonomías tan cercanas y cotidianas para todos.

Desde el joven trabajador de construcción que no lee un solo libro, pasando por la ama de casa cuyo fin último es inflarse de aceitunas viendo la rosa de Guadalupe, hasta el majestuoso intérprete de Bach o el delicado hacedor de versos que en la noche sucumbe ante la señal divina por escupir palabras con una mano doblada y mirando a la luna; todos, somos portadores de lo bello y lo terrible, de cometer el acto más vil y al tiempo bondadoso. Además, todos, podemos sustraer de la realidad y la literatura una terapéutica y una verdadera pedagogía, cuyo fin no sea enseñar o señalar, sino posibilitar encuentros. Construirse una ética, con tacto. Por ello, partimos de un hecho básico, el cual consiste en reconocer que en las cosas ordinarias y en el sentido común, es donde reside la mayor complejidad de todas. Y no, como se piensa por parte de algunos, en aquel afán desmedido por individualizarse, por taxonomizar, por la excentricidad tan de moda que se defiende con un dogmatismo curioso como el del boticario Homais en la novela *Madame Bovary*, que se hacía llamar farmaceuta por estar liberado de dogmas y ser un científico al compás del progreso. Por ello, estas arquitecturas literarias consignadas y muchas más, tienen un amplio territorio que señalar con el dedo invisible de lo porvenir al lector desprevenido:

La maravillosa ligazón entre, imaginación y concepto, entre lo mítico y racional, en el joven ingenuo Peter Schlemihl, quien con la mayor nobleza acepta que ha perdido su sombra, aquel vínculo con su sociedad actual decadente y esnob, y se embarca en una aventura fantástica en la que se dedica a trasegar por los continentes con las botas de las siete leguas a estudiar la naturaleza, revelando un espíritu conciliador, sin despotismos, mostrando que los opuestos pueden perfectamente cohabitar.

La templanza y el excesivo rigor que como un don divino se posicionó en el joven John Kaltenbrunner y lo hizo a él mismo fabricarse unas normas monásticas para perfeccionar su granja hasta que la sociedad lentamente y de manera tediosa se la arrebató de las manos.

El descubrimiento de un joven en los albores de la guerra a principios del siglo XX de las dificultades de la compasión y de cómo un héroe de guerra puede llegar a serlo por una cobardía inusitada hacia sus emociones juveniles, mostrando la cobardía como el principal rasgo del héroe social.

Las aventuras de un Gaviero culto e irredento, cuya mística se alimenta del trópico, el río, el barro y la selva. Capaz de estar involucrado en contrabandos y empresas inmorales y al tiempo traslucir los valores de un catolicismo clásico y monárquico. Un hombre más allá del bien y del mal, sin territorio. Un amigo, un leal compañero de aventuras para el que con su curioso don de leer con precisión todo acto humano, concluye que todo lo humano se sostiene sobre la idea misma del fracaso.

Sin duda alguna, muchos rasgos de estos y otros personajes o modelos en literatura, relucen en múltiples personas que a diario rodean la vida de los hombres en comunidad y forman parte de la cotidianidad. Corresponde al lector y al viviente, enlazar, interpretar, rastrear esa ética que está inmersa en la conducta de estos personajes y reflejada en sujetos comunes de todas las ciudades del mundo. Para ello es debido hacer un llamado a la expresión acuñada por Samuel Taylor Coleridge, como la *suspensión de la incredulidad*,²⁵ puesto que, en este laberinto infinito que obliga a que lo recorramos en una silla sin caminar, de repente en nuestra puerta puede tocar un vecino quien acaba de asesinar a su mujer.

²⁵ Expresión acuñada por Samuel Taylor Coleridge en 1817 en su Biografía Literaria.

2.0. El relato de la moral en conceptos

2.1. Un breve viaje por la conducta humana

A lo largo de la historia han sido múltiples las variaciones que ha tenido la comprensión de la ética o filosofía práctica como elemento primordial de la conducta humana. No se puede precisar indicios de organización de la moral en los presocráticos, en tanto sistematización de una normativa que contemple con claridad lo bueno y lo malo, tampoco en Homero, aunque en sus poemas se puede encontrar todo un *éthos*, entendido por Victoria Camps de la siguiente forma:

El *éthos* homérico es muy simple. Es dudoso que a los personajes homéricos se les pueda atribuir algo parecido a la responsabilidad. Desempeñan la función que el destino les ha otorgado: el rey, la función de gobernar; el padre de familiar la de proteger a los suyos, y la mujer, la de ser discreta, casta y fiel. En ningún caso puede hablarse propiamente de un agente moral que decide qué debe hacer, porque uno vive condicionado por una suerte al nacer, una suerte imposible de cambiar.²⁶

En este accionar heroico, sin duda, ya se atisba una forma de moral, la búsqueda de la virtud, del bien supremo; lo que no se encuentra es una reflexión sobre la moral, para esto, la datación conduce hasta el siglo V a.C, “propiamente con los sofistas que protagonizan los diálogos socráticos de Platón”²⁷. Época conocida como la ilustración griega en la que la historiografía centra el paso del mito al logos, (transición discutible) lo que Karl Jaspers llamaría tiempo eje de la historia.²⁸

Momento en el que la reflexión sobre el habitar del hombre es mediada parcialmente con contenidos míticos, a través de la razón vehiculizados en un logos que no puede saberse

²⁶ Victoria Camps, Breve historia de la ética, RBA, 2017, p. 19

²⁷ Ibid., p. 21

²⁸ Karl Jaspers, Origen y meta de la historia, Alianza, 1983, p. 20

separado plenamente de los estatutos míticos. Es Victoria Camps la que ilustra esta transición en la que ciertos individuos cambian su vista y los gestos anímicos hacia otros devenires:

Pero el tema de los presocráticos había sido sobre todo la naturaleza y solo excepcionalmente el ser humano o la sociedad. El giro hacia la práctica lo dan los sofistas. Cultivan la retórica y se auto denominan maestros de virtud, porque enseñan el saber moral como un saber útil que puede ayudar a los hombres a vivir bien y a tener éxito en el gobierno de la ciudad.²⁹

El hombre se configura como centro de reflexión y el lenguaje se convierte en el medio por el cual se establecen los valores. Discusiones que toman las leyes bajo el tamiz de la sofística argumentando su carácter natural o convencional.

Con Sócrates el análisis de los conceptos, la utilidad de las palabras y a lo que aluden, forman parte de una filosofía que se plantea en sí misma el devenir del hombre y correcto actuar. Sin embargo, Alasdair MacIntyre afirma, “el carácter moral problemático de la vida griega en la época de Sócrates se debe a que el empleo de los términos morales había deja de ser claro y consistente”³⁰

Por tanto la noción de ética en Sócrates es asistemática. Otro tipo de indagación la plantean sus sucesores, el caso de Platón para quien los conceptos morales solo tienen validez y son comprensibles adscritos a un determinado orden social. Caso contrario de los cínicos y los cirenaicos quienes establecen un código moral particular a cada individuo, por encima de las nociones colectivas o sociales. En palabras del auto español Emilio Lledó:

Aristóteles fue el primero que organizó el discurso moral; el primero que orientó esa mirada donde se reconstruye y plasma el mundo en reflejo. Un reflejo que sustentado en el logos y anudado en la ya larga experiencia que condensa y transmite, se hace teoría.³¹

²⁹ Camps. Op. cit., p. 31

³⁰ Alasdair MacIntyre, Historia de la ética, Paidós Ibérica, 1976, p. 33

³¹ Emilio Lledó, Memoria de la ética: Una reflexión sobre los orígenes de la «theoría» moral en Aristóteles, Taurus, 2015, p. 70

Para el filósofo griego, todos los bienes son exteriores o interiores al alma, “y de estas dos clases, los del alma son preferibles” ³²(*Ética Eudemia* 1218b329, p. 431), teniendo el alma diversos contenidos, modos de ser y facultades, la virtud sería, para el estagirita, la virtud suprema que encabeza todas las categorías. Y, de esta se depende, la ética y la intelectual, la primera emparentada con lo irracional, es decir, con el carácter individual del hombre, con lo convulso, lo contra puesto, la tensión entre lo agradable y lo penoso. Es decir, producto de la vida cotidiana, de las acciones que se repiten, que son, las que a modo de actividad frecuente van construyendo el carácter de un individuo. Aquí, es preciso hacer la distinción y relación entre êthos con épsilon y êthos con eta, pues mientras el primero remonta sus orígenes a la épica homérica y señala tanto las costumbres (moralinas) como lo virtuoso contenido en ellas, el segundo, de carácter trágico, señala el acto de habitar, con-vivir, actuar en, morar. Es decir, lo que sería un transitar que solo es posible en la medida en que se viva, se habite con el otro un escenario, un rasgo meramente individual, por ser “el carácter una cualidad de la parte irracional del alma”³³ (*Ética Eudemia* 1218b329, p.438), que pervive gracias a obedecer la razón. La ética en Aristóteles deja de ser una especulación idealista sobre las ideas, para convertirse en una *teoría de la acción humana en este mundo* que a diferencia de los sofistas no busca conocer la virtud sino llevarla a la práctica.

El propósito de la filosofía helenista, a modo de síntesis, de forma general, es proponer una singular manera de vivir, en la cual la búsqueda de la felicidad sea el primordial objetivo. Por otro lado, enfatizando en la edad media, sin lugar a dudas, la influencia que la figura de Jesús de Nazaret, tuvo y sigue teniendo en el mundo occidental es enorme, en tanto que determina todo un paradigma de pensamiento que a la fecha sigue permeando la vida de múltiples personas. El autor José Ramón Ayllón, en su interesante libro sobre la ética manifiesta, “El cristianismo no es una ética, pero la revolución religiosa que origina tiene,

³² Aristóteles, *Ética Eudemia*, ed. Julio Pallí, Madrid, Gredos, 1998, p. 431

³³ *Ibid.*, p. 438

como gran efecto secundario una extraordinaria revolución ética”.³⁴ Esto ha generado que el pensamiento que se le atribuye, sin caer en el profundo conflicto filológico por su historicidad (tema a tratar por especialistas), sea utilizado, en occidente, en el ámbito de la filosofía moral. De ahí que de él derive toda una construcción de una doctrina moral bajo dos principios básicos: honrar y obedecer a dios y amar a los hombres. Novedad que al tiempo, supone innovación, pues no pretende establecer un manual estricto de la moral, su iniciativa no se imprime en conceptos mediados por el logos, pues la mayor potencia del cristianismo es la observación y vigilancia de los actos de un individuo que simultáneamente representa el misterio divino, la moral cristiana se basa en la observación detenida de la vida de Jesucristo.

La propuesta ética del cristianismo presupone la vida cotidiana como un mero tránsito, pues la verdadera vida estaría después de la muerte en el reino de dios, al cual es posible llegar observando y siguiendo detenidamente el mandato divino y aceptando la caída primigenia de la condición humana, por la cual el dios, se hizo hombre y se sacrificó buscando redimir la vida pecadora de todos los hombres. En palabras de victoria Camps:

En la religión cristiana, la figura del pecador viene a sustituir al ignorante o al insensato de la filosofía griega. En la doctrina cristiana, uno no actúa mal porque ignore el bien, sino porque su naturaleza es mala por causa del pecado original.³⁵

A partir de la idea de la caída, el hombre bajo el panorama del cristianismo, debe entender que solo en “Dios” y su reconocimiento como salvador, está la finalidad de la vida. Este reconocimiento solo es posible bajo el mandamiento del amor al prójimo como a sí mismo. De ahí que todo un constructo normativo (moralina) se deba seguir con delicadeza de acróbata.

³⁴ José Ramón Ayllón, Introducción a la ética: historia y fundamentos, Palabra, 2011, p. 43

³⁵ Camps. Op. cit., p. 110

Desde luego esta filosofía de la alteridad, debe aparecer tras un examen de conciencia, pues el hombre tiene la capacidad de discernir mediante el libre albedrío³⁶ aunque sea dios quien dictamine el sendero por donde deberá transitar. "Dios es quien manda y establece cómo hay que vivir, pero le corresponde a cada persona, a la conciencia, juzgar las acciones y, en consecuencia, arrepentirse en el caso de haber transgredido la ley divina"³⁷

Al igual que con la filosofía griega, el objetivo de la ética cristiana es alcanzar en términos de Victoria Camps "el fin natural de la vida humana, que no es otro que la felicidad"³⁸. Agustín de Hipona hace suya dicha tesis, heredada de los antiguos y establece la noción principal de su filosofía moral, *ama y haz lo que quieras* puesto que dicho sentimiento (caritas) produce en el hombre la entrega y el desapego a lo material, requerido para la donación al otro y el desprecio de sí mismo.

Este despertar de la conciencia de cada individuo, el cual deviene de la filosofía medieval y en particular de la influencia del cristianismo, tiene un referente importante en siglo XII con Pedro Abelardo, considerado como el primer filósofo medieval que escribe una ética – *Historia Calamitatum*– "Lo importante para que haya acción moral según Abelardo, es la intención del sujeto. En sí mismo ningún acto es bueno o malo, sino que la bondad o maldad vendrán dadas por el "consentimiento interior" del sujeto."³⁹

Un personaje importante del pensamiento cristiano, con un pie en la edad media, inaugura todo un paradigma que se encargará de influenciar los diferentes ámbitos en occidente. Es Lutero con la reforma protestante del siglo XVI, un fenómeno indiscutiblemente renacentista, que en palabras de Amestoy:

³⁶ Concepto transmitido por el pensamiento cristiano y teorizado por pensadores católicos como San Agustín de Hipona y Santo Tomás de Aquino que centra en el individuo la posibilidad de elegir sus propias decisiones basadas en la conciencia particular.

³⁷ Camps. Op. cit., p. 107

³⁸ Camps. Op. cit., p. 108

³⁹ Camps. Op. cit., p. 109

(...) se enmarcó dentro del proceso de transición que experimentó Europa entre los siglos XV y XVIII y que significó la lenta desintegración de la sociedad feudal y, al mismo tiempo, el surgimiento de una nueva forma de organización social como fue el capitalismo.⁴⁰

Resulta asombroso acercarse a lo que desencadenó aquel gesto por parte de Lutero al colgar sus noventa y cinco tesis en la puerta de la iglesia de todos los Santos de Wittenberg. Puesto que su cometido, pasaba por el hecho de sentar un precedente ante la situación incoherente de la iglesia de la época. Lo que ocurrió después, quizá, nunca haya pasado por la mente del gran profesor de teología para quien lo más relevante era la gracia, la fe y la escritura. Es decir, la palabra de dios establecida. Al respecto se preguntará Hans Urs von Balthasar si el amor, acaso, no tenía la prevalencia de todo en acto cristiano.

Parece pues, una postura bastante conservadora que devendría en una inversión absoluta de su iniciativa a lo largo de todo occidente. Al respecto son muchas las incógnitas que se generan y las fuentes que brindan un panorama de lo que ocurrió en occidente después de este gran giro de pensamiento y del hombre en relación con lo divino.

Resulta importante destacar cómo influye la figura de Lutero y lo que podría llamarse una ética protestante posterior a este, fueron diferentes las formas que el dogma adquirió, bajo diversas estructuras en cabeza de individuos que se secularizaban cada vez más. Una creencia que, previamente, había tenido su marco normativo por fuera del alcance de la interpretación del hombre. Es decir, representado bajo un estatuto mítico, cuya correspondencia no respondía a la circunstancia, al mero acto juzgado. Y, al reconocimiento por parte de la conciencia de un hombre. Podría asegurarse que antes de este reconocimiento como individuo, el *ser humano* estaba ligado a una visión escolástica de la realidad, (ser: uno, bello y verdadero) la cual consistía en una concepción del hombre, bajo lo que Javier Gomá, llamaría, una *visión cósmica*, en la que el hombre formaba parte de un todo. Es decir, la

⁴⁰ Rubén Norman Amestoy, Protestantismo, piedad y ética, Franciscanum revista, 2011, p. 46

realidad cobraba sentido, solo si se pensaba al hombre como parte de un todo. Bajo este sentido, este hombre pensaba en algo sensible, siempre, como símbolo de otro elemento. Sin una realidad autónoma. Por tanto, esta *visión cósmica del mundo antiguo*, condicionaba al hombre a no pensar en la muerte como finalidad. Es decir, se puede suponer que la muerte en tanto sucedáneo de algo más, formaba parte del panorama próximo, Por tanto, una muerte consiente no era posible.

Este individuo con su conciencia secularizada, se percató de la muerte y al tiempo de una nueva relación con su devenir divino. Es decir, Dios, bajo la óptica del protestantismo adquirió nuevos contenidos, cada vez más maleables y desencadenó todo un giro ético en el comportamiento de las sociedades occidentales. Sin duda, un tema apasionante que debe ser estudiado y que corresponde a otras búsquedas. En relación a las implicaciones que tuvo Lutero en el pensamiento ético occidental el profesor José Luis Villa cañas indica:

Resituarse al ser humano, no como el centro de todas las cosas, no desde ese antropocentrismo natural, propio, del que cree que porque mira desde sí mismo, es el centro de todas las cosas, cuando solamente es el centro de su mirada, de su óptica, eso es la modernidad. La modernidad prendió así justamente cuando Lutero enseñó al ser humano a verse, no desde su naturaleza, sino desde una mirada externa a él, y esto enseñó a Copérnico a estar en condiciones de ver al ser humano no como el centro del universo, sino como algo que podía ser visto desde el centro del universo. La revolución Copernicana implica una mirada, solar, una mirada desde el exterior de la tierra y no hubiera sido efectivamente viable, sin que Lutero hubiera enseñado al ser humano a mirarse no desde sí mismo sino desde una mirada trascendente y ajena. Y esta era la revolución mental que Lutero propiciaba.⁴¹

Hacia el siglo XVI con el germen de lo que sería el origen del individuo, el pensamiento occidental empieza a rechazar la escolástica medieval para retomar los clásicos grecolatinos. En términos de Camps:

Este nuevo acercamiento a lo que debería ser la cultura o el conocimiento fue importante para la comprensión de la moral, como lo fue para la concepción de la política e incluso para la religión. Podríamos decir que lo que no se hace propiamente

⁴¹ José Luis Villa Cañas, conferencia, Lutero y la irrupción de la modernidad, 500 años, aniversario de la Reforma Protestante, Universidad Complutense de Madrid. Ateneo de Madrid, 2017

es ética, si entendemos por tal la reflexión filosófica sobre la moral. Por el contrario, en los humanistas y en los protagonistas intelectuales del renacimiento, existe una preocupación más bien moralizante. El humanismo inserta la ética en la sociedad y la depende de la pátina académica, a la vez que se acentúa cada vez más el papel central del individuo.⁴²

Dicha enseñanza moral no sólo se ve representada en los textos filosóficos con todo su aparato conceptual repleto de abstracciones elaboradas por un hombre encerrado en su biblioteca. Es el arte y la literatura, también, disciplinas en las que empiezan a transmitirse y reflejarse, las hazañas y los cuestionamientos de una conciencia de individuo cada vez más marcada, en cuyos escenarios se mostraba síntomas de un hombre cada vez más complejo. La profesora Victoria Camps, en su interesantísimo libro sobre ética indica al respecto de los humanistas y su iniciativa de cultivar los géneros literarios enlazando aspectos morales en los textos:

Ellos sabían, porque lo habían heredado de los filósofos antiguos y medievales, que la doctrina moral era ‘una de las tareas fundamentales del poeta’. Es en los escritos de Petrarca, Leonardo Bruni o Lorenzo Valla donde hay que buscar las ideas sobre la moral, recogidas y adaptadas por lo general de filósofos antiguos, entre los que se destacan Aristóteles, Cicerón, Séneca y las escuelas helenísticas.⁴³

Parece que a lo largo de la reflexión del hombre occidental, no ha sido la filosofía el plano único y primigenio, en el que este deposita sus interrogantes sobre su actuar correcto o malo, o, sobre su encarar la vida con todos los vaivenes que de ella devienen. Será interesante observar cómo en el mismo sentido que los filósofos intentaban reflejar y dictaminar la rasgadura del individuo moderno, el arte, la poesía y la literatura, comunicaban dicho malestar, bajo otras figuras y escenarios, quizá, mucho más reales y necesarios.

Sin lugar a dudas, el individualismo que surge en esta época da paso a la filosofía moderna, ya se atiende a un interés personal, bajo el cual la mirada se posa sobre una singularidad que observa a su prójimo y es observada para dirigir la vida, con personajes como Montaigne y Descartes, desde sus respectivas formas, por un lado la iniciativa de

⁴² Camps. Op. cit., p. 118

⁴³ Camps. Op. cit., p. 119

escribir de sí mismo como son los Ensayos; por el otro, de un cogito que emprende el reconocimiento de sus ideas. Se van configurando las nociones de un yo que se desprende de una visión moral medieval bajo lo que Edmund Husserl llamaría un *viraje revolucionario*, para denotar el carácter anímico del renacimiento.

El individuo será “la unidad social última desde la que hay que explicar la organización social y las construcciones normativas. Dios ha dejado de ser necesario para explicar muchas cosas, aunque se sigue aceptando su existencia”⁴⁴

Pensadores como Thomas Hobbes, se configuran como ejes centrales para comprender la filosofía moral y política moderna, desde las perspectivas de las ciencias naturales y la filosofía política como padre fundador de un “empirismo ético no falaz” ya que “Según Stevenson para Hobbes “bueno” significaría “deseado por mí” sin percatarse Hobbes de que los enunciados éticos no “describen” estados emocionales del sujeto si no que los expresan y transmiten”⁴⁵

Tendría gran validez en el pensamiento anglosajón, posteriormente, enmarcándose dentro de materialismo mecanicista y encabezando los fundamentos teóricos del estado y su organización. Al respecto Camps indica:

El método de Hobbes para elaborar su teoría del estado doble. Por una parte, utiliza la introspección: busca en sí mismo los móviles del comportamiento humano. Por otra parte, aprende de la mecánica de Galileo que el movimiento es el estado natural de los cuerpos, una teoría que le servirá para explicar los motivos del comportamiento humano y, en consecuencia los fundamentos del orden moral y político.⁴⁶

Es evidente en esta época moderna, la obsesión por el rigor científico y lógico, otro gran pensador que no es preciso dejar de lado, en este minúsculo rastreo historiográfico de la ética, es Baruch Spinoza, quien a diferencia de todas las posturas éticas previas, busca demostrar,

⁴⁴ Camps. Op. cit., p. 137

⁴⁵ Seijas, E. G., Ética y política en Hobbes, Revista de estudios políticos, 1986, p. 43

⁴⁶ Camps. Op. cit., p. 142

según un orden geométrico, la fisonomía de la conducta humana. Hasta aquí, para Spinoza, todas las nociones morales, previamente diseñadas por los filósofos, no dejan de ser *modos de imaginar*, pues para el holandés la realidad es en sí misma perfección, lo que generara un conflicto sobre la pertinencia de la reflexión moral "El objetivo de la ética spinoziana es conocer la realidad y conocerla adecuadamente. Conocer adecuadamente es conocer las causas de las cosas porque, si bien ya ha dicho y repetido que no existe ninguna causa final de la naturaleza, sí existen las causas eficientes"⁴⁷

Contemporáneo de Spinoza, John Locke, es considerado uno de los precursores de la civilización moderna occidental e industrial burguesa, cuya filosofía moral está marcada por sus tesis empiristas entre ideas simples e ideas complejas, es Miguel Ángel Polo Santillán quien sintetiza su pensamiento de la siguiente manera:

Las primeras son obtenidas de las percepciones sensibles, mientras las segundas están sustentadas en las primeras. Con ello niega la existencia de principios morales universales ni de ideas innatas de carácter moral. Como empirista, considera que las cosas son buenas o malas según su referencia al placer o al dolor. Define la felicidad en términos hedonistas, como "el mayor placer de que somos capaces" los conceptos como obligación, mentira, asesinato, son productos de las ideas complejas. Los discursos morales son expresiones de ideas complejas, las cuales no hacen referencia a ninguna percepción sensorial, por lo que su interpretación varía dependiendo de los sujetos. Por lo que afirma que las ideas morales raramente tienen la misma significación entre dos hombres. Desde estas tesis, no queda sino una ética atomizada, es decir, individualista.⁴⁸

La filosofía ilustrada inglesa, a diferencia de la alemana y la francesa, de carácter meramente racionalista, se sitúa en un empirismo en el que el papel que juega el sentimiento en la formación moral del individuo es amplio. Es David Hume el mayor exponente de dicha intensión al respecto de la formación de la conducta a través del sentimiento:

La tesis de que el fundamento de la moral está en el sentimiento y no en la razón no solo se distancia del pensamiento dominante de la época sino que dirige la atención

⁴⁷ Camps. Op. cit., p. 142

⁴⁸ Miguel Ángel Polo Santillán, *Ética y Política en Locke: De los Derechos Humanos a los Humanos sin Derechos*. Escritura y pensamiento, 2005, p. 42

hacia un aspecto obviado en general por los filósofos de la moral: el de la motivación del comportamiento moral.⁴⁹

Para el autor inglés, no sería la razón la que mueve al hombre sino sus pasiones. Esto sería una ética naturalista, pues intenta cuestionarse la realidad tal como es y la percepción que se forja el individuo sobre esta, cayendo en un subjetivismo que si bien no desdeña la razón, fija la importancia en la emotividad de la reacción cotidiana en el gesto anímico.

Es indudable que con la noción de individuo la filosofía moral toma múltiples matices que se van modificando a lo largo de la historia y va adquiriendo un matiz más laico y múltiple con respecto a ciertos temas que siempre, antiguamente, estaban ligados al ámbito religioso:

La ética de la modernidad es una ética de los deberes, a diferencia de la ética antigua que era una ética de las virtudes. A la ética le concierne establecer las obligaciones que atan al individuo con la sociedad en que vive. Es así porque ya no se parte de la hipótesis griega de que el hombre es un animal social cuya felicidad es a la vez la felicidad colectiva. Con el individualismo, la felicidad se psicologiza y cada vez es más difícil explicar la vinculación de felicidad y virtud. Además, el pensamiento empieza a secularizarse y evita dar la última palabra a un Dios trascendente que resuelve los problemas que el mundo terrenal no sabe resolver.⁵⁰

Se piensa que con Kant se llega a la finalidad del proceso de búsqueda de fundamentos en la filosofía moral. “la ética Kantiana se puede reducir a esta fórmula: es el pronunciamiento de la razón desde sí-misma, sin la menor inferencia de la experiencia”⁵¹

La noción de una ética ilustrada que responda a las condiciones de un mundo que va cambiando y que determina, constantemente diversas formas de acercarse a la idea de lo que se debe hacer, alcanza en Kant la posibilidad de buscar una ética con pretensiones universales, bajo ideales como la libertad, la paz y la justicia, desde el paradigma racional y positivo, el hombre deberá llegar a la mayoría de edad.

⁴⁹ Camps. Op. cit., p. 196

⁵⁰ Camps. Op. cit., p. 198

⁵¹ *Oswaldo Market, Ética y racionalidad en Kant. Universidad Complutense de Madrid, 1998 p. 64*

La pregunta ¿Qué debo hacer? es para Kant, la pregunta de cómo fundamentar la moral de los hombres sin recurrir a una autoridad o principio trascendental o divino y menos a una noción mecanicista o empírica con raíces anglosajonas, y tampoco a la búsqueda antigua de la felicidad.

Kant “encuentra una fuente universal de legitimación moral. Si las obligaciones morales tienen un fundamento a priori, entonces tienen validez con independencia de condiciones histórico-relativas”.⁵²

Esta noción de autonomía en Kant, deriva de la comprensión de un mundo en el que irrumpe el paradigma de la ciencia moderna:

(...) que traería como consecuencia la revolución industrial y la dominación técnica del mundo; la fuerte pretensión de verdad de la ciencia expresada en juicios universales y necesarios; y la imagen de un mundo determinado rígidamente por la conexión causal entre fenómenos.⁵³

Son muchas las críticas que se plantean a la noción ética de Kant, tras el desarrollo económico, técnico y social del hombre después de la modernidad y al fracaso de la misma, su mono-logismo moral se constituiría como la base de su fracaso.

Solo basta con echar un vistazo detallado a lo que ocurre en las sociedades modernas cuando las normas parecen provenir de una reflexión universal de los aspectos humanos. Si no se tiene en cuenta la profunda ambigüedad que habita en los espacios íntimos de los hombres. Es decir, lo que se podría llamar un *relativismo perspectivista* en términos ilustrativos, todo acercamiento estadista al hombre, carece de realidad. Por tanto, es posible caer en fanatismos normativos, y no se trata de reconocer que no es posible encaminarse hacia mínimos universales que rodeen la concepción de algo tan elemental como la noción de justicia o muerte, sino que si se acerca a ellos un legislador sin la pericia de la singularidad,

⁵² Hernán Martínez Ferro, Kant: una ética para la modernidad, Diálogos de saberes: investigaciones y ciencias sociales, 2006, p. 184

⁵³ Ibid., p. 185

puede, el hombre, generar una inversión de su propósito al establecer paradigmas inalterables. Es Victoria Camps quien delimita dicho aspecto de manera clara:

Si el individuo es el que ha de juzgar si la máxima de su acción es universalizable, y ese individuo no es nunca solo razón, sino una amalgama de deseos e inclinaciones, en ocasiones terriblemente desviadas de la ley moral, los mayores despropósitos puedan quedar moralmente justificados. No faltan ejemplos de ello. El relato de Hannah Arendt Eichmann en Jerusalén, da cuenta de la filiación kantiana de Eichmann, confesada por él mismo en sus declaraciones ante el tribunal que juzgaba sus crímenes. Para un nazi es racional la exterminación de los judíos, y su mente pervertida no duda en querer que el Holocausto se imponga como una necesidad moral.⁵⁴

Hasta aquí se ha rastreado de manera breve, paradigmática e históricamente, algunas nociones de ética a lo largo del pensamiento occidental con la deficiencia del resumen y la mera mención. Pues, si fuese este el tema central de la monografía habría un detenimiento mucho más responsable y sentido. Tomando como referencia los planteamientos previamente integrados, se plantea, como herramienta de una *técnica de la compasión* en relación con la literatura, una noción de ética que supera –y esto se verá en su desarrollo- la idea de que exista un a priori a la respuesta de la pregunta *Qué debo hacer* como lo establecería Kant. Por el contrario, se indica que no es posible *responder por adelantado a una situación ética*, puesto que se parte de la idea del ser humano como una singularidad. Y esta sería la única experiencia ética verdadera, ya que enfrenta al individuo a una tensión constante entre lo que ha heredado, su marco normativo y formativo. Y, aquello que lo incita a ponerlo en cuestión, su individualidad.

De ahí que este individuo, deba darle forma a su vida a partir de comprender que *aquello no elegido que soy yo* trae consigo un riesgo y a la vez un compromiso ético en todos los planos y escenarios de la vida cotidiana, como lo expresa Ignacio Castro Rey

Puesto que la ética no es un suplemento moral añadido a lo fisiológico, al mamífero que somos, sino nuestra más primaria forma de vida, que debe darle autonomía

⁵⁴ Camps. Op. cit., p. 243

universal a lo que está en nuestra naturaleza corporal, esta sucesión de "accidentes" - heredar un carácter, unos ojos, tal color de pelo- que nos ha configurado, implica comprender –desde abajo- la vida, con sus peripecias y accidentes, con la finitud como un misterio vivencial que acontece cotidianamente.⁵⁵

Bajo estos paradigmas filosóficos, antropológicos y filosóficos, que se constituyen en una posición política ante el mundo, desde diversas ópticas a lo largo del desarrollo histórico del concepto de ética, se presenta el concepto de ética en Joan-Carles Mèlich, en su libro, *Ética de la Compasión*, partiendo de una radical distinción que entiende a la moral como perteneciente al mundo mientras que la ética, a la vida. Afirma el autor: “La ética aparece en una situación en la que uno se da cuenta de que la gramática propia de la cultura en la que había sido educado, el universo normativo-simbólico que le habían transmitido, no encaja”⁵⁶

La posición antropológica que se origina en el trasfondo de esta propuesta ética, es la de comprender a los seres humanos como seres corpóreos cargados de tensiones, en los que constantemente subsiste una condición ambigua. Respondiendo, siempre, al encuentro con el otro, que si bien se establece como una posibilidad imposible, en el sentido de que nadie puede ponerse en los zapatos del otro, conlleva al hombre a plantearse su peripecia, desde una singularidad, evitando nociones previas o metafísicas. Así como también de normativas universales a priori.

⁵⁵ Ignacio Castro Rey, presentación del libro *Ética del desorden, Pánico y sentido en el curso del siglo*, Pre-textos, 2017

⁵⁶ Joan-Carles Mèlich, *Ética de la compasión*, Herder, 2010, p. 90

3.0. La ética como interpretación de los conceptos morales

3.1. Hacia una ética de la compasión

Hablar del problema de la ética, consiste, en apuntar hacia aquellos rasgos elementales que han generado una amplia reflexión acerca del ser humano y su comportamiento en relación a los otros. Es decir, históricamente, el comportamiento del hombre se ha representado a partir de subjetividades que se estructuran en normas y configuran el devenir, a partir de una práctica de lo posible. Desde una perspectiva sociobiológica⁵⁷, la ética, se entendería como aquella disposición que está presente en el hombre desde su distanciamiento evolutivo con su antepasado común. Por un lado, esta *ethica utens* se entiende de la siguiente manera:

En cuanto a moral vivida, la ética es un atributo humano universal lo cual parece sugerir que está determinada por la constitución genética de los seres humanos (o, lo que viene a ser lo mismo, que es un producto de la evolución biológica).⁵⁸

Por consiguiente, de acuerdo a esta visión, desde del momento en el que el *homo habilis*, se preocupa por su futuro. Es decir, relaciona medios con fines y da inicio con una transformación de su entorno, surgiría ya, una predisposición. Mostrando esto, que el hombre en su naturaleza trae impreso un impulso, una capacidad ética que en relación con el medio se potencia o se reduce.

Claramente lo aquí consignado, responde, a un breve atisbo de la reflexión moral en otras disciplinas. Corresponde a los especialistas de esas áreas, el tratamiento adecuado. Lo que se pretende mencionar es la diversidad de miradas, y los lentes superpuestos a ellas, que se han acercado al fenómeno moral.

⁵⁷ Edward Osborne Wilson define la sociobiología «como el estudio sistemático de todas las formas de conducta social, incluida la conducta sexual y paternal, en toda clase de organismos, incluidos los humanos» (E. O. Wilson, Sociobiología: la nueva síntesis, Ed. Omega).

⁵⁸ Antonio Marlasca, El origen de la ética: Las raíces evolutivas del fenómeno moral en F. J. Ayala, 2005, p. 21

Profesores como Marc Houser⁵⁹, se han acercado al misterioso campo de la conducta humana, sosteniendo que existe un instinto moral desarrollado a lo largo de la evolución del ser humano. Este instinto, se aloja más en las intuiciones que en los razonamientos, de ahí que su prevalencia, sea una especie de huella latente que migra a través de los genes. Puesto que los juicios racionales responden, en parte, a condicionamientos circunstanciales, en relación con la corta vida de un hombre.

Si se analiza la compleja realidad individual del hombre, pensado en sus espacios íntimos, y alejados de toda noción estadista de la realidad, atribuirle la facultad moral de este, a una raíz evolutiva puede ser problemático. Pensamos que más que una gramática moral universal, lo que define al individuo moderno, es una gramática cultural que lo determina, hasta cierto punto. Es allí, donde cobra validez, el misterio de la conducta, pensada en un escenario minado de tensiones.

La necesidad de organizar la reflexión acerca de la moral de los hombres, ha estado en el panorama próximo de todas las épocas y escuelas de pensamiento, como parte de una formación subjetiva que tiene en cuenta el devenir en todos sus aspectos, político, social, religioso, cultural, económico, etc. Es decir, pese a que se ha intentado, desde diversos paradigmas de pensamiento, establecer universales, la reflexión sobre la conducta humana, fluctúa y sin lugar a dudas, siempre, ha estado relacionada con la finitud, es decir con la cotidianidad del hombre en una esfera y todas sus situaciones que le obliga, a manera de protección, fabricarse escudos simbólicos contra el devenir. Se encuentra, por ejemplo, en Kant, un rasgo que diverge indudablemente de un principio de ética factico, pues para este, la ética, sería la respuesta a la pregunta “qué debo hacer” presuponiendo por demás, que ya existe una respuesta que se ensancha por el horizonte en el universo a los vericuetos del

⁵⁹ Marc Houser, *La mente moral: Cómo la naturaleza ha desarrollado nuestro sentido del bien y del mal*, Grupo Planeta, 2008

hombre en comunidad. Para Joan-Carles Mèlich, el principal punto de apoyo de la ética, debe ser la antropología y la comprensión del hombre como un ser ambiguo que vive en constante tensión, respondiendo a todo intento de fundamentar dicha ética en una normativa de absolutos metafísicos o de otra orden como la idea de un dios regulador, con la moral religiosa o la razón con el imperativo categórico kantiano puesto que:

Vivir es habitar lo abierto y, por ello, lo que caracteriza la vida es, precisamente la situacionalidad, la ambigüedad, la provisionalidad. En palabras de Ernst Bloch, ‘el camino hacia nosotros mismos no es nunca seguro’. Una vida que encajara finalmente con el mundo, una vida completamente situada, una vida no ambigua, un final de trayecto, o ‘de partida’ (Samuel Beckett), sería una vida invivible, una ‘nuda vida’, mera *zoé*, sin *bios*, sin forma-de-vida.⁶⁰

Dejar de lado la vida en su corporeidad es abandonar toda posible confrontación consigo mismo, es huir de la perplejidad que surge en los diversos escenarios en los que se desenvuelve el ser humano, es no permitir, como pensaba Schopenhauer, “deducir por si solo la regla para cada caso que se presente”⁶¹ y darle lugar a una reacción no meditada, normativa, a la posibilidad irrealizable de aprender una ética ya construida.

Para el ecléctico autor Lluís Duch, urge una “apología de lo humano” y una “antropología de la ambigüedad”⁶², teniendo en cuenta el resultado de un largo proceso histórico en el que el hombre, pese a su amplia formación humanista, permitió que múltiples sucesos proyectaran una época cuyo panorama próximo es el performance y el nihilismo, en el que el reduccionismo y el esencialismo eran constructores de realidad, generando un cambio constante de paradigmas y una deficiencia de identidades que pretende explicar fácilmente la condición humana.

⁶⁰ Mèlich. Op. cit., p. 93

⁶¹ Arthur Schopenhauer, Los dos problemas fundamentales de la ética, Madrid: Siglo XXI, 2007, P. 274

⁶² Amador Bech, La humanidad de lo humano: Aproximaciones a la antropología de Lluís Duch. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 2012, P. 25

Un concepto de amplia relevancia en la propuesta del español Lluís Duch, es el de trayecto biográfico que vendría siendo:

Proceso de trabajo por medio del cual el hombre busca el sentido de la vida; ese algo que va descubriendo en un mundo complejo que oscila entre la caída en el caos primigenio y la construcción de un orden rígido y opresivo.⁶³

Este viaje, este rumbo hacia algo, todavía por-venir, entre la vida y la muerte, implica, reconocer la *complejidad constitutiva* del individuo, una tensión permanente, pues viene al mundo y es recibido por unas *estructuras de acogida*. Mediaciones por las cuales se le transmite una gramática particular, una herencia que es representada y le aporta la facultad de aprehender la realidad simbólicamente como indica Mèlich:

Por eso, no nacemos con las manos vacías. Hay pasado en el presente y en el futuro. Aquí, la moral aparece como una gramática, como el conjunto de obligaciones de un marco normativo propio de una cultura determinada en un momento de su historia, y lo que la caracteriza no es ‘a lo que obliga’, sino ‘que obliga’.

Esta disposición no es estática, es precisamente allí cuando el individuo se sitúa en el mundo que forma parte de la vida, arrastra consigo una herencia, pero su condición genera una falta de encaje y esto es lo humano, así pues “la ética nace con la excentricidad, con esta falta de encaje. Si la moral nace con el mundo, la ética nace con la vida.”⁶⁴

Para Jean-Luc Nancy, “ser justo es pensar que lo más justo está pendiente de encontrarse o de comprenderse”⁶⁵, con esto, el buen actuar ante una situación concreta, nunca, es suficiente. Pues la ética deberá entender la peripecia del otro, pero no encarnarla, si se buscara una respuesta a priori a los diversos escenarios humanos, no habría lugar para la tensión necesaria de un acto ético.

Cuando el punto de partida de la vivencia, es la comprensión de que todo lo que rodea al hombre forma parte de lo imprevisible, de lo indeterminado, se comprende que cada persona tiene una responsabilidad absoluta para con el otro. Este reconocimiento e imposibilidad al

⁶³ Ibid., p. 27

⁶⁴ Mèlich. Op. cit., p. 319-320

⁶⁵ Jean-Luc Nancy, Justo Imposible, Proteus. Cataluña, España, 2010, p.57

mismo tiempo, implica, además, la absoluta necesidad que a través de la historia y tras la época moderna determina lo que para el profesor José Luis Villa Cañas es la experiencia ética verdadera: *el ideal del ser humano como una singularidad* que paradójicamente, tendrá que reconocerse, en palabras de Nietzsche como un “*animal no fijado*”, para lograr asir el espectro del otro, que “permanece infinitamente trascendente, infinitamente extranjero, - pero su rostro, que es donde se produce su epifanía y que me llama a mí, rompe con el mundo que puede sernos común”⁶⁶ por consiguiente, toda relación o aproximación a un rostro estará siempre encaminada a ser ética, puesto que conlleva a todo trayecto individual a exceder los límites de la moral a cuestionarse sobre la respuesta fijada, a observar con detenimiento la peripecia del otro. En ese sentido, no quiere decir que siempre habrá una respuesta adecuada, sino una lucha de opuestos que complementan y que generan un campo de tensiones en la cotidianidad del hombre, con la claridad de la aprehensión necesaria Mèlich manifiesta lo que considera una vivencia cotidiana ética:

Vivir éticamente es estar perplejo y asumir esta complejidad como algo constitutivo del modo de ser finito, de un ser (des)instalado en su tiempo y espacio que nunca son del todo suyos, un tiempo y un espacio, diádicos, íntimos... Vivir éticamente es estar expuesto, y atreverse a responder al otro y del otro en esta situación que no es ni pública ni privada, sino íntima, una situación «de dos» «dual» ni singular, ni plural, y darse cuenta que no se tienen respuestas pedradas, y, a pesar de esto, responder, responder sin dar una respuesta única ni definitiva.⁶⁷

La palabra compasión tradicionalmente sería la definición precisa, en un sentido práctico, de lo que es un cristiano, desde un punto de vista corpóreo. Es decir, aquel que obra como Cristo obró. Por mera imitación mítica. Así pues, Cristo sería la encarnación de la palabra compasión que en su sentido etimológico viene del latín *cumpassio*, y esta a su vez, podría considerarse como un calco del griego *συμπάθεια* (*simpatía*) cuya definición más literal sería padecer juntos, acompañar al otro en lo que le aqueja.

⁶⁶ Emanuel Levinas, Totalidad e infinito ensayo sobre la exterioridad, Sígueme, 1977, p. 222

⁶⁷ Mèlich. Op. cit., p. 92

Históricamente, antes de que aconteciera el proceso de secularización propio de la modernidad, la ética, en tanto fundamento práctico del convivir humano, estuvo ligada, en su totalidad, mediante una relación directa con lo sagrado. Es así como en el desarrollo de la conciencia del hombre, los primeros fundamentos de la reflexión moral tienen a Dios como su principal elemento. En la medida en la que la relevancia del hombre, bajo sus imperativos y diseños, fue tomando mayor validez, los aspectos de la conducta pasaron a responder a principios racionales, incluso, a universales que se establecieron como proyectos de institucionalización, como lo fue la ilustración. Son hartos los efectos conocidos de la barbarie humana justo en la época en la que el mamífero erguido enaltecía la técnica, la inteligencia y la instrumentalización de todo lo que estuviese en sus manos, tanto así, que se puede rastrear con precisión lo que Mèlich llama la «*experiencia histórica del mal*, del mal en el sentido corpóreo, carnal, no en el metafísico, del mal como dolor, como sufrimiento»⁶⁸

Pero el problema radica en intentar comprender este mal con la distinción tradicional, dualista y equivalente con su contrario proveniente de la noción cristiana. Por eso, la necesidad de una propuesta como la del autor, que tiene en cuenta la tradición pero que de cierta manera la supera. De otro modo, no se podría concebir una ética, más que en un escenario ambiguo en el que el hombre es un animal fracturado y siempre en constante tensión entre lo que le fue dado y lo que él mismo desea.

Joan-Carles Mèlich se separa críticamente de tres principios fundamentales de las éticas metafísicas, para proponer una ética de la compasión, tales principios son, el bien, el deber y la dignidad, al respecto enuncia tres enunciados para sostener su tesis:

1. No hay ética porque sepamos qué es «el bien», sino porque *hemos vivido y hemos sido testigos de la experiencia del mal*.
2. No hay ética porque uno cumpla con su «deber», sino porque *nuestra respuesta ha sido adecuada, aunque nunca pueda ser suficientemente adecuada*.

⁶⁸ Mèlich. Op. cit., p. 98

3. No hay ética porque seamos «dignos», *porque tengamos dignidad, porque seamos personas, sino porque somos sensibles a lo indigno, a la indignidad, a los excluidos de la condición humana, a los infrahumanos, a los que no son personas*⁶⁹

En la literatura, se encuentra, con marca definitiva, la ambigüedad del hombre, de ahí que de ella se extraiga toda una pedagogía de la ética, en un sentido estrictamente liberal. Pues conlleva a los individuos a un lago de ideas difusas en el que las respuestas a priori, tan particulares de la moral, no bastan. Mostrando así que no solo en el pensamiento filosófico se puede hallar el rastro de una ética que enseñe y al mismo tiempo disponga en el hombre,

(...) un espíritu, por utilizar el término de Milan Kundera, «literario o narrativo», que nos sirva para comprender la ética de otro modo. Un «espíritu» más atento a los grandes escritores que a los pensadores sistemáticos, un espíritu que no tema las contradicciones, las páginas en blanco, los momentos de incertidumbre, los prejuicios biográficos, las situaciones siempre singulares y únicas. Todo lo que la metafísica ha considerado nocivo para la moral aquí, en una ética de la compasión será apreciado⁷⁰

Este dejar entrar lo que antaño se consideraba nocivo por las tradiciones más ligadas a un pensar moral, no quiere decir desdeñarlas, pues a partir de ellas la tensión que en ellas perviven, se comprende al hombre y su devenir. Nunca, como totalidad, nunca, como fin ni como criatura definible, sino como un hombre, siempre, en tránsito. Inmerso, cultural y simbólicamente en un escenario complejo. Es Claudio Magris quien sustenta la utilidad de la literatura para un pensar ético:

La literatura define lo individual, lo concreto, las cosas, los colores, los sentidos y lo sensible contra lo falsamente universal que agarrota y nivela a los hombres y contra la abstracción que los esteriliza. Frente a la Historia, que pretende encarnar y realizar lo universal, la literatura contrapone lo que se queda en los márgenes del devenir histórico, dando voz y memoria a lo que ha sido rechazado, reprimido, destruido y borrado por la marcha del progreso. La literatura defiende la excepción y el desecho contra la norma y las reglas: recuerda que la totalidad del mundo se ha desquebrajado y que ninguna restauración puede fingir la reconstrucción de una imagen armoniosa y unitaria de la realidad, que sería falsa⁷¹

⁶⁹ Mèlich. Op. cit., p. 92

⁷⁰ Mèlich. Op. cit., p. 79

⁷¹ Magris, Op. cit., p. 28

Son reveladoras las palabras del autor italiano. *En los márgenes, porque justo allí, en las situaciones que acontecen en la vida de los personajes, hay cabida para lo que, por ejemplo, un sistema en un gigantesco tratado de filosofía moral se expresa.* Pues, el lector al estar inmerso en una cotidianidad que inevitablemente se escenifica en dinámicas complejas y en relaciones humanas ambiguas, tomará el texto como potencia. Potencia porque posibilita la imaginación, la ruptura de la gramática que, hasta ese momento, ha engendrado la visión de vida que tiene.

Para quien quiera enseñar o mejor conducir a un ser humano por regiones propensas al abismo, sin caer en él. *La literatura es la respuesta.* Pues en ella, un hombre malo, según todo un sistema de valores, puede llevar a cabo actos como los del asesino en serie que, siendo conocido por su implacable efectividad y ganándose bien ganado su sobrenombre de hombre de hielo, en las noches, al llegar a casa, besaba a sus dos hermosas hijas y su esposa. Además, conocido por ser un hombre de familia, adorado y portador de sentimientos dignos de un alma sensible.

¿Quién puede comprender que alguien con tanta sensibilidad pueda, al tiempo, ser un demonio? Sin duda alguna, *la literatura al exhibir lugares oscuros y claros del alma de los hombres, en arquitecturas que con el tiempo construyen otros modelos y así, sin más, hasta siempre.* Prepara o encamina al lector a ensanchar su panorama reflexivo, le presta unos lentes que a modo de mimesis es conducido por lugares inexplorados antes. Pero que sin duda, encontrará comunes, porque se sentirá identificado con sensaciones, miedos, angustias o entenderá que muchos de sus semejantes tienen rasgos similares a los de algún personaje de ficción y sin duda alguna, llevará a cabo reflexiones profundas sobre su existencia y la de los otros.

En ese sentido la literatura es pura exploración. Y, en tanto exploración, es el lugar preciso donde se manifiesta la contingencia del hombre. Por tanto, podrá ser una herramienta-lupa, para enfocarse en la conducta diversa de los hombres en comunidad. ¿Cómo, un grupo de jóvenes (o adultos), puede intentar entender un acto a juzgar negativo que, como un rumor silencioso, se adhiere a múltiples imágenes deformadas y deformables, y en un instante se esparce como un virus infeccioso por millones de pantallas, ocasionando, en unos el paroxismo y en otros, ese arquetipo de mesías lingüístico que pulula en la contemporaneidad? Es la literatura, el lugar donde todo tiene cabida. Antes de ser pasado por ese tamiz, unas veces injusto, de la opinión mediática. Hay que ser francos, en los márgenes de lo posible, se esconde la fractura, y la pericia del analista consiste en acercarse a ellos sin ser atraído por su atracción.

3.2. Vautrin: un delincuente singular

Solo los cuerpos de los muertos pueden localizarse sin ambigüedades

Peter Sloterdijk

Resulta curiosa la manera como este personaje antagonista, creado por Balzac, genera en el lector una extraña simpatía, no es un delincuente ordinario pues su conducta excede las formas comunes y sus modales suaves y nobles acompañados de una mirada profunda y llena de resolución, lo convierten en un individuo que encarna la complejidad humana, se transforma en un moralista y al tiempo en un cínico instruido que como acróbata se pasea sobre la ciudad del observador y analista Balzac, cuyo fin es radiografiar el vicio, la corrupción que está impresa en cada persona en cada suceso.

De ahí que Vautrin adapte camaleónicamente su frac y participe con mesura y grandilocuencia en los escenarios. Sin lugar a dudas conoce a la perfección la moral de la época, su poesía, como lo manifiesta, es la vida. Domina cada aspecto de dicha moral, la apropia a su antojo con su inteligencia pragmática, quiere irse a Estados Unidos a tener esclavos y libertad de emprendimiento. Vaya paradoja. Su temple lo arroja sobre cada presa con ímpetu y una expresión inquisitiva de superioridad.

Por ello, se considera aquí, un personaje conceptual sin nomenclatura, pues su conducta es arquetípica y al tiempo no estructurada, pues excede y al tiempo limita, por ello, resulta misteriosa su forma de proceder y muestra una discusión en torno al problema de la ética que confronta al lector en un constate vaivén entre odio y simpatía. Asimetría pura. Aquí una muestra de ese eclecticismo moral que reluce en el personaje:

“Un hombre que se jacta de no cambiar nunca de opinión es un hombre que quiere ir siempre en línea recta, un necio que cree en la infalibilidad. No hay principios, sólo acontecimientos: no hay leyes, sólo hay circunstancias: el hombre superior adopta los acontecimientos y las circunstancias para poder manejarlos. Si hubiera principios y leyes fijas, los pueblos no los cambiarían como cambian de camisa”⁷²

El señor Collin, su verdadero nombre, es una muestra notoria de cómo un personaje, teniendo en cuenta su antagonismo, puede encarnar en sí elementos opuestos en perfecta armonía, generando aquella singularidad evidente, perfecta para exhibir una ética e incitar al lector a una constante reflexión sobre la conducta humana. Vautrin, al ser acorralado por la policía en medio de todos sus compañeros de hospedaje mira tenazmente a quien lo ha engañado, la señorita Michonneau, y le dice *te perdono, soy cristiano*.⁷³

⁷² H.D. Balzac, Papá Goriot. Oveja Negra, 1985, p. 85

⁷³ Ibid., p. 149

3.2.1. Monsieur Homais y el fanatismo científico

En la gran novela *Madame Bovary* de Gustave Flaubert, el boticario o farmaceuta como exigía que lo llamasen, con tono pedante, por su amplio dominio científico del campo en mención, representa un personaje que a diferencia de Vautrin, por su fácil encasillamiento y la relevancia histórica que trae consigo por encarnar el espíritu de la ilustración, muestra un modelo de conducta en el cual el alejamiento de un opuesto odioso e inferior, como es la fe religiosa que el boticario de Yonville detesta, lo conlleva a defender la ciencia como si fuese un caballero de la santa inquisición, con un dogmatismo superior al que critica. El tono del catequista que promueve su fe:

Ciertamente, entiendo de eso, puesto que soy farmacéutico, es decir, químico, y como la química, señora Lefrançois, tiene por objeto el conocimiento de la acción recíproca y molecular de todos los cuerpos de la naturaleza, se deduce de aquí que la agricultura se encuentra comprendida en su campo. Y, en efecto, composición de los abonos, fermentación de los líquidos, análisis de los gases a influencia de los mismos, ¿qué es todo eso, dígame, sino química pura y simple?⁷⁴

Esta impresión que ocasiona el boticario catequista, genera una mezcla de sentimientos, por un lado se reconoce la relevancia y el cambio de paradigma que poco a poco se va implementando en la comprensión de los procesos en los que el hombre detalladamente observa la naturaleza y su desenvolvimiento y la aplicación a una realidad precisa, mediante el espíritu científico de la época; por el otro, es el escritor Juan Esteban Constaín, en una maravillosa columna quien mejor lo ilustra:

Ese cuadro tan frecuente y tan paradójico y tan indignante, ¿no? El científico que en nombre de la ciencia teje un discurso dogmático y confesional; el ateo que hace de su credo una religión y va por el mundo en catequesis; el incluyente que excluye, el progresista sectario, el portavoz de la tolerancia y el respeto que humilla a los que, no le dan la razón. En todos ellos arde como nunca la llama de lo que tanto dicen odiar y combatir⁷⁵

⁷⁴ G. Flaubert, *Madame Bovary*. Bogotá: Oveja Negra, 1982, p. 93

⁷⁵ Juan Esteban Constaín, columna publicada en *El Tiempo* llamada *Qué fanatismo* el 31 de agosto del 2016

Así pues, dicho personaje se torna relevante y se exhibe como un elemento notorio en la novela, cuyo valor ético es importante, pues tras su desarrollo se va develando una variedad de tópicos comunes en una determinada panorámica del mundo, mostrando la fisonomía de una época y la notoria participación de este espíritu en el desarrollo histórico de la conducta humana. Es en los comicios agrícolas donde acontece una escena que ilustra maravillosamente lo aquí mencionado, mientras la señora Catalina Leró, una anciana provinciana que representa aquella ingenua serenidad que subyace en la dificultad y el trabajo laborioso de quien lo acepta todo con humildad y mutismo, es premiada con una medalla. Y esta, al salir a recibirla, dice que se la dará al padre para que oficie misas; generando en el boticario, una sensación que lo perturba y que en un temblor digno de un neófito a quien le están derrumbado su ídolo expresa: *Qué fanatismo*.

3.2.2. Peter Schlemihl: un conciliador

En el genial relato del escritor Adelbert von Chamisso, La maravillosa historia de Peter Schlemihl, publicado en 1814, reluce bajo la infatigable forma de lo clásico, un tema recurrente y por tanto universal dentro de los motivos literarios. El pacto con el mal o con lo que parece representarlo, con el fin de obtener, siempre, algo que excede al individuo por su imposibilidad circunstancial. De ahí, lo fantástico que se revela como argumento de la estructura, ya que es representado en un escenario con elementos reales que posibilitan la aparición de lo irreal o sobrenatural

Son diversos los ejemplos en los que, a modo de arquetipo o modelo plástico, el tópico se ensancha y permite que sea integrado por elementos dispares logrando que las historias deambulan en diferentes representaciones y épocas, pero con una estructura general fácilmente identificable. La idea de la seducción que el mal genera sobre los seres humanos,

es antiquísima. Quizá, la leyenda del doctor Fausto, sea, para el caso, la referencia de mayor permanencia en la cultura occidental.

Desde luego, ha sido un tránsito de la leyenda a la creación, como antecedente al Fausto de Goethe, es Christopher Marlowe en su obra *The tragical History of Doctor Faustus*, estrenada en 1588 quien primero la llevará a escena. Un tema que en primera instancia, se correspondía con las visiones religiosas tradicionales y los elementos relevantes de las circunstancias políticas y sociales de la época, pero que posteriormente fue mutando permitiendo complejizar las narraciones y logrando posibilitar nuevas reflexiones y relaciones.

En 1820, Charles Robert Maturin, con su *Melmoth, El Errabundo*, escribe una obra de altísima envergadura de la literatura gótica, según el profesor Rodrigo Argüello:

Sin temor a exagerar es la mejor novela gótica de todos los tiempos, el tema el poder, el suspenso, el terror dosificado de forma magistral. Maturin tiene el mérito, a comienzos del siglo XIX, de introducir, ya de forma sutil, fina y equilibrada, pero sobre todo de pulirlos defectos y deficiencias del gótico del siglo XVIII⁷⁶

Los vericuetos de un caballero irlandés que, a cambio de la inmortalidad, vende su alma al diablo, siendo esta recuperable solo si logra encontrar un sustituto. Sería extensa la descripción de los momentos y obras tanto en arte, teatro, literatura y cine en los que la leyenda ayuda a configurar personajes y modelos de conducta. Su notoriedad se halla en un aspecto moral, pues casi siempre, es un hombre en apuros quien se ve reducido a instrumento del mal reflejado en diversas formas.

Para el caso, el joven Peter que claramente representa una de las formas de la ingenuidad, acude a un importante hombre de negocios para ser asistido en sus dificultades económicas. Se cumple aquí un elemento básico: un individuo en apuros, necesitado siempre de ayuda quien tiene como distracción frecuente la búsqueda de sus deseos, el destino de ser otro en propias palabras de Schlemihl. En el lugar donde este hombre ofrece una fiesta se van

⁷⁶ R. Argüello, *Ciudad gótica, esperpéntica y mediática*, 2004, Bogotá, Ambrosía, p. 131

desplegando, en apariencia, imágenes de un escenario realista en la voz del propio implicado. Irrumpen, cómicamente, elementos que posibilitan eventos sobre naturales. Primero, un hombre de traje gris delgado, silencioso y siempre atento, quien pasa, casi siempre desapercibido ante los demás, salvo cuando de repente y sin sobresalto alguno de los demás, tiene a su disposición cualquier cosa que es deseada por alguno de ellos, de su bolsillo salen un catalejo, alfombras turcas, una carpa, tres caballos ensillados. Esto deja atónito a Peter pero a los demás, parece no causarles nada.

La condición de extraño es notoria en Peter, pues no corresponde su impresión respecto a lo que acontece con la de los demás. Por otro lado, la naturaleza extraña del sujeto viejo y flaco que siempre está en silencio, solo parece sorprender a Peter, generando la sensación de alguien siniestro.

En la narración en primera persona, este hombre vestido de gris no parece inmediatamente ser un representante del mal, es ambigua su condición y esto alimenta la ingenuidad del protagonista, quien acepta dar su sombra a cambio de la bolsa de Fortunato. De este pacto que no es premeditado, que no parte de un alma avara y corrupta, sino de un joven ingenuo y en apuros, se despliega lo que será una interesante transformación. Pues este viaje, en el que su sombra como elemento necesario (yo social) para pertenecer al conjunto lo abandona, le permite descubrirse como un ser infeliz y alejado de todo ámbito social.

Esta orfandad que experimenta el protagonista, permite que de este se pueda realizar un análisis modélico sobre la conducta, valores como el de la amistad, la fortaleza, la identidad, la distinción del bien y el mal y un elemento principal como la concepción de la naturaleza, se tornan vigentes. Lo que permite imprimir en el relato elementos innovadores que exceden la mera leyenda. Pues la ambigüedad del protagonista cuyo proceder no corresponde con una disposición absoluta de acuerdo con la época, muestra un personaje complejo con elementos provenientes de la tradición ilustrada de la época y del folclor europeo, ligados a una

concepción fantástica de la cotidianidad y reflejada en las costumbres populares: la bolsa de Fortunato, la capa invisible, las botas de las siete leguas, la auténtica mandrágora, los cinco céntimos del judío, el tapete de Rolando, entre otros.

Esta especie de ligazón, devela un sujeto valeroso, cuya aceptación del error cometido con valor y templanza, lo lleva a reflejar una conducta noble en frente de la naturaleza. Así, una vez aceptada su fatalidad Peter dice:

Caí de rodillas en muda oración vertiendo lágrimas de alegría... porque de pronto veía claro mi futuro dentro de mi alma. Arrojado de la compañía de los hombres por una temprana culpa, me dedicaría como compensación a la Naturaleza, que yo amaba tanto.⁷⁷

El tono que adquiere la narración es sensacional, pues cuando Schlemihl está en mayores problemas para subsistir, parece que su sobriedad al asumir la pérdida es premiada y adquiere las botas de las siete leguas. Sobre un cuento de la tradición popular se sostiene un afán noble por observar y medir la naturaleza, cuyo objetivo se aleja del necio impulso instrumental y despótico de la época, en la que su germen empezaba a proliferar.

Tradición popular y ciencia, concepto e imagen, se entrelazan y dan origen a una aventura mágica y maravillosa, de ahí que el lector logre terminar el libro de un tirón, pues las distinciones no crean fronteras, solo límites imperceptibles y finamente seleccionados. De ahí que todo apunte a una lectura realista en la que se mezcla con destreza los extremos que tanto intentan separar los vigorosos intelectuales.

Peter pasa del Tibet a las Columnas de Hércules, con el ánimo de un espíritu noble he instruido, como seguramente lo fue Chamisso, camina por Asia, Egipto, los glaciares polares, Groenlandia y América.

⁷⁷ A. Von Chamisso, La maravillosa historia de Peter Schlemihl. Berlín: Nordica, 2015, p.110

Sin duda, este personaje representa un modelo, que por su ausencia en la prolongación arquetípica en la literatura, merece ser detallado.

Recorrí acá y allá la Tierra, midiendo tan pronto una altura como la temperatura de una fuente, o la de la luz; observando los animales e investigando las plantas. Iba del Ecuador al Polo, de un Mundo a otro, comparando experiencia con experiencia. Mi alimento corriente eran huevos de avestruz africano o de aves marinas del norte, y frutos, sobre todo los de las palmeras tropicales y de los bananos. Cuando me faltaba la felicidad, tenía como sucedáneo la nicotina, y para trato y relaciones humanas, el cariño de un perro fiel que guardaba mi cueva de Tebas, y que, cuando volvía a verlo, cargado de nuevos tesoros, se me echaba encima alegremente y me hacía sentir de una manera humana que no estaba solo en la Tierra.⁷⁸

3.2.3. Maqroll el Gaviero: ecléctico, aventurero y reaccionario

La gran obra del escritor colombiano Álvaro Mutis crea un personaje extraño y encantador que habita en los extremos y se las arregla para llevarlos juntos hacia todas las aventuras que vive. Se trata por supuesto de Maqroll el Gaviero, un nómada delicado que atraviesa la obra del escritor en sus poemas y relatos. Como una especie de místico atraído por los lujos y consciente de ello, el Gaviero se posa en su promontorio, divisa a lo lejos y diagnóstica el porvenir. Su sabiduría o por decirlo mejor su alta sabiduría se corresponde a una interacción directa con su profesión que inevitablemente lo constituye como un hombre de acción y aventura, y al tiempo un lector preocupado por la antigüedad. Por ejemplo, la biografía de San Francisco de Asís o el asesinato del hermano de Carlos VI de Francia ordenado por Juan sin Miedo. Estos, son solo algunos rasgos que posibilitan ese heteróclito carácter del intuitivo, escéptico, irónico y errante Gaviero que, aunque parezca una excentricidad literaria, en medio de su periplo atravesando el río Xurandó, en un ambiente selvático que no es difícil imaginar, no existe impedimento para que pueda abstraerse en su lectura.

⁷⁸ Ibid., p. 111

De ahí su relevante permanencia en la literatura y para el caso, un modelo de conducta en el que se exhibe una ética, nunca clara, nunca moralizada. Una singular naturaleza, debatiéndose entre los extremos y la tensión en la que la vida se concibe como un viaje ambiguo y maravilloso. Resulta pertinente recordar las palabras con las que Octavio Paz se refería a la obra de Mutis, indicando que en él hay” (...) Amor por la palabra, desesperación ante la palabra, odio a la palabra: extremos del poeta. Gusto del lujo y gusto por lo esencial... Lujo y orden y belleza, es decir, economía en la expresión”⁷⁹

Esta condición que alberga en el sentir del escritor, se manifiesta notoriamente en cuanto se leen las hazañas en las que se ve envuelto el Gaviero, con serenidad y simpatía, el mar, es su principal escenario, aunque es en tierra firme donde sus empresas fracasadas muestran a una especie de vidente en constante reflexión, quien analiza y se encarga de leer los misteriosos signos cotidianos, pues en su singular escepticismo ya sabe que tras todo emprendimiento humano permanece una fisura que tarde o temprano conseguirá su destrucción. En los vericuetos que Maqroll el Gaviero se ve envuelto, nunca hay una hazaña llevada a cabo por un héroe comprometido con su tiempo o un individuo que busca ser ejemplar en su conducta mediante la persecución de la justicia o el realce de algún valor. Es decir, no hay reflexiones profundas sobre temas como el mal o el bien que se correspondan con un programa moral.

Los espacios que ronda la criatura literaria de Mutis están conectados con el crimen, es dueño junto a Ilona de un singular prostíbulo en panamá, lleva a cabo estafas, contrabandea mercancía y al tiempo representa la figura de un hombre culto políticamente incorrecto. En una de sus novelas, Amirbar, es interrogado por la policía de Vancouver y este dice “Yo soy un chuan extraviado en el siglo XX”⁸⁰. Afirmación que parece evasiva y cómica, pero que

⁷⁹ Texto citado por el escritor colombiano Pablo Montoya en su Página web en un breve artículo dedicado a Maqroll el Gaviero.

⁸⁰ Álvaro Mutis, Amirbar, Siruela, 1990, p. 197

demuestra, en conjunto con su preocupación por la antigüedad y la notoria afinidad por las estructuras políticas anteriores a la democracia y al modelo ilustrado, una crítica mordaz a la contemporaneidad del escritor. Es preciso recordar la entrevista realizada por Juan Gustavo Cobo Borda en 1981 en la que el propio Mutis se definía así mismo como “Gibelino, monárquico y legitimista”⁸¹. Es claro que hay todo un malestar y extrañamiento en Mutis en torno a la situación del hombre contemporáneo y *la profunda pérdida de sentido que conmueve a la sociedad contemporánea* como lo dejó sentado en un manifiesto publicado en el año 2002 llamado *Contra la muerte del espíritu*.

Muchos son los elementos que permiten distinguir una suerte de relación directa entre Mutis y Maqroll como su principal alter ego. Ambos, hombres con amplísimas referencias históricas y con una constante alusión al pasado, a la vida de monarcas y reyes en la que se demuestra una profunda admiración. Aunque su gran personaje encarna en diversos momentos dichas posturas, a lo largo de sus aventuras de manera parcial se va mostrando una posición nihilista con respecto a la totalidad de sus vivencias. Esto es demostrado en el fracaso constante de cada empresa llevada a cabo.

La fisonomía espiritual del Gaviero se forma a partir de un ir y venir intenso, como si fuese un sibarita enamorado de la mística del trópico americano al que el fango, el río y el ruido nocturno; asociados a impulsos contradictorios de bondad, crimen, indecencia, amistad, religiosidad, mundanidad y un espíritu instruido por la alta cultura clásica le vaticinan el provenir a través de signos imprecisos y todo un cúmulo de elementos vivenciales que lo disponen, siempre, como un gran hombre a merced de la fatalidad. Un hombre que elige para ese lento transitar de los días, mientras navega, preocupaciones que a otro ojos pueden parecer impropias, como por ejemplo, meditar sobre las consecuencias del matrimonio entre María de Borgoña con Maximiliano de Austria. Al respecto el Gaviero piensa que:

⁸¹ Gustavo Cobo Borda. Soy monárquico, gibelino y legitimista. Tras las rutas de Maqroll el Gaviero, 1988, p. 251

El perderse por tales laberintos, que pueden parecer a los neófitos una ocupación estéril me parece mucho más práctico y con los pies en la tierra que embestir a topes, como un borrego, contra circunstancias extrañas a nosotros que se conjuran para complicarnos el lado puramente utilitario de nuestra vida que es, sin duda, el más irreal e inasible dada su elemental e irremediable idiotez.⁸²

Notoriamente, una reflexión tal, escapa a cualquier fin pedagógico u orientador en torno al panorama y rumbo del hombre. Difícil digerir las manías del Gaviero, de ahí su culebrear ecléctico entre los diversos tópicos del pensamiento. Una vez muerto de un balazo propiciado por él mismo, el capitán Wito, gran amigo de aventuras y capitán del *Hansa Stern*, con profunda sabiduría y como si fuese un aforista metafísico, Maqroll, piensa “llevaba impreso en algún lugar de su ser ese signo que distingue a los vencidos y que acaba aislándolos irremediabilmente de sus semejantes”⁸³

Para el Gaviero los infortunios no conllevan el declinar del alma hacia la depresión, pues sin duda, la cotidianidad no es el primer plano en el cual deposita su atención. Esto permite encontrarse con un individuo singular que tras sus aventuras, no deja en el lector un rasgo de lugares y espacios nutridos con descripciones misteriosas y en conflicto solamente, pues del devenir paulatino de sus días, se desprende reflexiones de toda índole, las cuales nunca van acompañadas con la etiqueta del gurú para quien el mundo es un lugar señalado para hacer el bien.

(...)cuando mis asuntos de la diaria rutina toman un sesgo adverso, como era el caso entonces en el *Hansa Stern*, en mi interior persisten, intactas, mi disposición y simpatía por los seres que pueblan la historia y por el mundo que se ofrece al alcance de mis sentidos. Es más, a medida que los escollos prácticos se multiplican, más generosamente se ensancha el territorio y el disfrute de esos dones que tejen la trama esencial de mi vida.⁸⁴

La compleja imagen que a ojos de cualquier tipo de lector, se desprende de este encantador personaje, huidor por naturaleza, piadoso y sibarita, genera un encanto misterioso el cual manifiesta un aprecio que se incrementa a lo largo de la lectura y en esas, siempre,

⁸² Álvaro Mutis, *Ilona llega con la lluvia*. Bogotá: Punto de Lectura, 2013, p. 39

⁸³ *Ibid.*, p. 19

⁸⁴ *Ibid.*, p. 40

empresas fracasadas en las que termina. Es fácil imaginarse al Gaviero en tierra firme, en un bus, completamente asqueado por aquellas preocupaciones vacuas de los hombres, tan cotidianos e imbuidos en su porvenir, en su mundillo de hombres gobernado por hombres, sin ningún tipo de misterio o respeto.

En el fondo, aunque el Gaviero moldee su moral acorde a las circunstancias próximas, no deja de traslucirse en su conducta, una aciaga melancolía por tiempos pasados, por valores desprendidos de la tradición de un mundo mucho más ordenado y jerarquizado, de un mundo ligado al misterio. Sin duda alguna, la sabiduría de Maqroll no corresponde a las lecciones de un maestro retirado al desierto que deja de involucrarse con la vida para adquirir o escalar, como tradicionalmente se ha pensado, esa gigantesca montaña, que es la renuncia y por ende una posterior sabiduría. No, la sabiduría del Gaviero es otra. Y por eso, es al tiempo un hedonista excéntrico como un piadoso conocedor de la alta cultura y la vida de grandes hombres. Un hombre común que mediante un delicado ritual pule sus vicios y al tiempo un hombre devoto de una providencia que responde a una fina teología negativa. Esto dice el Gaviero, en aquellos momentos que tanto conoce, cuando está al borde del abismo, al límite de sus posibilidades y es rescatado:

Llegó cumpliendo un ritual que sucede en mi vida con tan puntual fidelidad que no tengo más remedio que atribuirlo a la indescifrable voluntad de los dioses tutelares que me conducen, con hilos invisibles pero evidentes, por entre la oscuridad de sus designios.⁸⁵

3.2.4. Jhon Kaltenbrunner, un monje sin abadía

El amo del corral, del escritor Tristan Egolf, sopesando la tendencia actual, podría padecer (o transmitir) lo que Karl Kraus llama una enfermedad: *el diagnóstico*. Es decir, la síntesis de un proceso, en este caso de la domesticación del hombre por el hombre. O el fracaso

⁸⁵ Ibid., p. 65-66

pedagógico y teológico del marginado biológico, cuyo horizonte ya no requiere de la verticalidad de antaño comúnmente entendida como la presencia de un dios en la vida de los hombres. El lector conoce aquí, un personaje desamparado, cuyos privilegios notorios, desde su terrible llegada al mundo, fueron arrebatados paulatinamente por ese monstruo complejo y ruidoso que habita en las ciudades modernas.

Es evidente que a ojos del sociólogo, la novela contiene en su despliegue una especie de derrumbe paulatino de los espacios normativos, de aquello que Peter Sloterdijk llama *Invernadero universal*, pues es evidente que, en aquella prosa desenfundada, los vericuetos a los que Jhon Kaltenbrunner se ve abocado, casi que por un impulso burocrático o por la elección misteriosa del azar, recubriendo su sendero con el manto de lo trágico y la desgracia, representan el fracaso de un proyecto formativo e ilustrado de la condición humana. Este prodigio fenomenológico, como es llamado en la obra, puede tomarse como un modelo literario en el cual se pueda hallar una ética, pues en él, se despliegan, desde el inicio, aquellos elementos que forman el carácter de individuos singulares en los cuales se encarnan los opuestos, tensiones que van tejiendo fisonomías que requieren, siempre, de mucha atención y que generan en el lector una predisposición a la crítica de los valores impresos en su propia vida.

Los acontecimientos que le ocurren a Jhon, contienen en sí un panorama mucho más difuso y poli-forme que la taxonomización de estructuras y bloques sociales, o el complejo develar político, social y cultural de un espacio geográfico, o las dinámicas uniformes que contienen al hombre en una existencia subyugada. Ante los ojos del lector se representa un contundente movimiento en tensión. Un viaje, una huida, a la vez un proceso de confrontación. Por un lado, la destrucción secuencial de una inteligencia divina, una especie de monstruo esperanzador, una singularidad humana. Es Jhon, en su infancia un prematuro monje, que posee ya un *modus vivendi* monacal. Devela cada normal en su soledad

heteróclita. El manual normativo de su genialidad disciplinada, proviene de una mezcla entre la carga genética heredada y una lucidez descendiente de la elección de los dioses, el soplo divino, le provee, una facultad de un ser ejercitante que entiende el valor del hábito y la repetición.

A diferencia de una orden monacal en la cual un grupo de personas por disposición individual se adhieren a un conjunto de reglas artificiales, las cuales son basadas en ejercicios que se pautan cuidadosamente, con el fin del perfeccionamiento espiritual. Es decir, lograr la huida de todo vínculo con la actualidad de todo flujo político o cultural contemporáneo. La orden de Jhon fue fundada por él mismo, las reglas parecen haber estado adscritas al orden cotidiano, con una escritura invisible y al alcance, sólo, de un elegido, de un ser con privilegios.

Jhon se levantaba todas las mañanas a sudar la gota gorda en el corral. La niebla se disipaba en la colina con las primeras luces y le sorprendía ejecutando con toda diligencia su lista de obligaciones. Llenaba los pesebres del gallinero mientras los animales se pisoteaban en busca de la comida. Desatascaba el bebedero, limpiaba los nidos y trasladaba los huevos de la nevera de la despensa. Luego llevaba el alimento y el agua a las palomas. Acto seguido subía la cuesta para alimentar a Isabelle. Después volvía a casa a guisar para su madre⁸⁶

Se puede observar cómo, sin ningún tipo de señalamiento o mandato, Jhon, ejerce sobre su vida, desde pequeño, todo un panorama normativo que no responde más que a su propia formación e iniciativa. Hasta que poco a poco van llegando los escollos, sus compañeros, la indudable diferencia que lo aleja de todo círculo genera un despotismo en todo aquel que lo observe, el colegio que, bajo sus representantes no lo ven como un pequeño al que es debido entender, sino, como un pequeño al que es debido domesticar, la figura de la religión que en analogía a una empresa cuyo función es atraer almas a través del círculo monetario, van adueñándose de su porvenir y lo arrinconan hasta llevarlo a un completo deterioro.

⁸⁶ Tristan Egolf, *El amo del corral*. Barcelona: Mondadori, 1998, p. 40

Se puede observar una transición en la que Jhon, sin perder su nobleza, se des-espiritualiza, su conocimiento sin instrucción previa le permite, contrastar, leer, y tener siempre una precisión aguda en sus críticas, a las metodistas, a sus compañeros que le fastidian, En definitiva, a cada uno de los rasgos de Baker. Además, siempre lleva consigo, aunque su mundo se derrumbe, aquella nobleza que le permite obtener la mayor eficiencia en todos los trabajos que tuvo, después de perder su vida en la granja, el matadero de pollos y como basurero. Su viaje es la contaminación de un espíritu que no pierde la nobleza, pero transita en un nihilismo absurdo y en un constante aporreo por lo exterior que lo va moldeando, deformando, sin invadirlo totalmente. “Yo no soy mucho más que un animal al que a golpes y a base de pequeños mendrugos se le ha enseñado a bailar”⁸⁷

Imaginen un niño que, sin orientación alguna, cree, cree con los ojos vendados, su ímpetu, lo guía, (el peligro). No tiene maestros ni órdenes monacales, representa el misterio de un atleta cuya capacidad es innata, sabe desde su infancia traducir las reglas adscritas en el relieve del cielo, es portador de una sensibilidad que se escapa a un determinante biológico. Cada norma, la establece sin discusión. Es un apolítico en transición. Se asemeja a un monje solitario que diariamente riega la semilla de un árbol en una tierra árida y desértica. Hasta que, tras muchas tardes de sol, tras un énfasis religioso en su cotidianidad, surge una ramita, de ahí un gran tallo, luego un árbol bello, al que cuida con sigilo y jovialidad, día a día, establece un rito con el árbol, sus frutos le permiten subsistir; planea hacer lo mismo con el resto del campo, hasta que, sin aviso alguno, de sopetón, talan su árbol; se obstina, continúa con el riego de campo, pero es obligado a dejar el lugar. Jhon, es este Monje al que las polis, le ha quitado la Fe.

⁸⁷ F. Nietzsche, *Así habló zaratustra*. Madrid: Alianza, 1979, p.56

4.0. La impaciencia del corazón como relato interpretativo de la ética

4.1. Sonámbulos en el cuartel

Un joven militar de 25 años, en los albores de la Gran Guerra, en aquellos días magníficos de la Belle Époque, cuando el monstruo del porvenir dormía placido sobre la incorrección política y el esnobismo, era trasladado con su escuadrón a una pequeña guarnición en la frontera húngara. Así empiezan los vericuetos a los que se ve abocado el teniente de caballería Anton Hofmiller, para quien su profesión militar, con el tono que quizá solo se podría tener en aquellos días dulces, significaba:

La misma monotonía, vacía y ajetreada, horas y horas distribuidas según un reglamento rígido e invariable desde hace siglos, y tampoco el tiempo libre parece muy variado⁸⁸.

Resultan normales estas palabras para quien ve en el servicio militar una imposición familiar que mezclada con una preocupación ante el porvenir, terminaba siendo la única posibilidad vigente para desarrollar una carrera, Hofmiller, proveniente de una familia con pocas oportunidades, es obligado por la moral de su época a llevar a cabo una vida militar, cualquiera pensaría que allí, no hay más que un dejarse ir irónico, además, teniendo en cuenta el contexto de la época, un momento en el cual el servicio militar era portador de lo que Stefan Zweig diagnosticaría para definir los tiempos que corrían como “los días de la seguridad” que desplegaban sobre el escenario un halo de mansedumbre y claridad. Así, este joven que es inducido por múltiples circunstancias a una profesión que no deseaba y de la cual irónicamente se burlaba, sería condecorado, años después, con la medalla de María Teres, pues, según contaba, un coleccionador de relaciones humanas, de esos que pululan en todas las épocas y que con su diligencia permiten que el rumor perviva y se mezcle, para construir, poco a poco, la vida de los otros, que este joven “había llevado a cabo grandes

⁸⁸ Stefan Zweig, *Novelas*, Acantilado, 2012, P. 584

hazañas en la guerra, primero en caballería, luego en aquel vuelo de reconocimiento sobre el Piave en el que derribó él solo tres aviones, y finalmente en la compañía de ametralladoras en la que ocupó y mantuvo un sector al frente durante tres días”⁸⁹

¿Qué desmedida transformación condujo a este joven sarcástico y bonachón a apropiarse con pasión y desenfreno del traje militar, a convertirse en un héroe, a ser condecorado por luchar, por llevar el escudo al frente? En él hay toda una suerte de reflexión constante, y una curiosidad que va despertando y adormilando al mismo tiempo a manera de relámpago su contacto con las emociones, cuando poco a poco, sus acciones previas a la guerra lo llevan a descubrir la compasión, a vivirla; a manera de aprendiz, el encuentro con ella lo transforma y curiosamente su cobardía lo convierte en un héroe, en un héroe de cenizas o por qué no, en un escapista profesional que con rigor comprende que las emociones humanas están siempre en un vaivén, entre lo terrible y lo bello, y que la guerra real no lo asustaba tanto como su conflicto personal, el rostro siempre desdibujado del otro. Es esto el claroscuro en su máxima expresión.

4.1.2. El escape como una forma de heroísmo

Quien observe con detalle un militar en acción, supondrá que su potencia, aquel desenfreno con el que mueve sus botas en la carnicería, responde, a una motivación inherente a su condición, pareciera que en ellos hay toda una manifestación del alma por la justicia. ¿Un hombre por qué va a la guerra? Son preguntas oscuras con respuesta grises, nunca son claros los motivos de los hombres. Quizá, la guerra sea una excusa para confrontar aquello que evadieron. Una suerte de cobardía íntima que convierte a los héroes en los primeros cobardes de la historia que, a manera de inversión, se convirtieron en héroes. Pero los

⁸⁹ Ibid., p. 575

tiempos han cambiado, el sustantivo abstracto guerra, ahora, puede ser fácilmente remplazado por aquellos escenarios en los que el escape es el leitmotiv de la acción.

El historiador australiano Christopher Clark, en su libro *Sonámbulos, como Europa fue a la guerra en 1914*, al inicio de este, cuenta una pequeña anécdota en la que manifiesta la impresión o la sorpresa que le causó, siendo un pequeño de nueve años, la respuesta de su tío abuelo Jim, cuando ya era un anciano irónico al que le disgustaba sobremanera hablar de la guerra. El pequeño, en su curiosidad temprana le preguntaba *si los hombres que luchaban en una guerra tenían miedo o estaban deseando entrar en combate*, el anciano le responde que algunos lo tenían y otros sí sentían deseos de combatir, a lo que el infante vuelve a preguntar *¿Peleaban mejor los que tenían ganas?*, Jim, quien sabe con qué gesto arrugado y sagaz le responde: *los que tenían ganas eran los primeros en cagarse*.⁹⁰

Profundamente perturbado nos podríamos imaginar al pequeño Chirs ante semejante inversión, seguramente esta respuesta que pone en escena la complejidad de la conducta humana ante unos ojos que apenas despiertan al mundo, generó múltiples interrogantes que fueron alimentando la vida del escritor. Aquí como en diversas anécdotas, historias, acontecimientos, momentos, sin importar lo minúsculos que sean y a quién le ocurran, ya sea a un hombre instruido o un señor del campo que inesperadamente descubre que aquello que hasta hace unos momentos le era familiar y ameno, de repente, se transforma en algo inquietante y extraño, se revela la ambigüedad del ser humano, que indudablemente excede todo ámbito moral.

Tiempo después de regresar de la guerra, el caballero de la orden de María Teresa Anton Hofmiller, al contemplar con recelo cómo las personas en una pequeña tertulia hablaban sobre la guerra y el papel de la voluntad de los hombres en ella, no representa lo que debería

⁹⁰ Christopher Clark, *Sonámbulos: cómo Europa fue a la guerra en 1914*. Galaxia Gutenberg, 2014, p. 16

ser un héroe recién llegado de su batalla, por el contrario de manera lúcida reflexiona, llegando a concluir que en realidad, la gran Guerra había sido un *torbellino* que para muchos constituía un refugio y no el momento para huir de ella. ¿Es esto un deshabitar lo que se representa? Para Hofmiller la guerra representaba apartamiento, huida de sí mismo y de las circunstancias, una cobardía inusitada por lo íntimo, como si aquel thymos no fuese más que una reserva de angustia, una necesidad por evadir los conflictos personales, la tensión que hila cotidianamente la vida de los hombres, ¿Fue acaso la guerra, un lugar donde todos los cobardes a quienes esta les valía un palote, desataron sus furias, evadiendo y al tiempo confrontando? La escasez de valor individual, es a lo que el teniente de caballería le atribuye la culpa de este síntoma, pues con cierta pizca de modestia llama a todos estos hombres que conoció en la guerra, ya en un plano civil, *héroes muy dudosos*, de los cuales él no es la excepción.

Cobran sentido las palabras que Hofmiller le dice al escritor con el que comparte su historia, “el valor no es sino la otra cara de una debilidad”⁹¹ pues indudablemente la vida de cada hombre a pesar de que casi siempre el devenir hile una historia universal para las relaciones humanas, la complejidad cubre con su presencia cada ámbito por minúsculo que parezca, en todo momento la inversión del sentido se arrostra en un gesto.

⁹¹ Zweig. Op. cit., p. 577

4.2. Hofmiller un impostor sutil

Cuando el individuo encaja en estadísticas ya no sirve para novelas.

Nicolás Gómez Dávila

Para empezar, la vieja discusión sobre la naturaleza humana en su sentido negativo o positivo, no deja de ser pura fraseología. O posibles intervenciones que siempre quedan ausentes de realidad fáctica. Solo hace falta ver la vida de cualquier individuo, por simple que parezca, trae consigo un panorama difuso, todo un bulto de contradicciones. Aunque, como afirma Nicolás Gómez Dávila, si este individuo encaja en alguna estadística, su incursión en una novela sería un fracaso. Pero ¿acaso alguien no encaja en una? Todos, sin temor a generalizar lo hacemos. Lo que causa desconcierto y plantea múltiples interrogantes es cómo, cuando estos individuos encajan en múltiples estadísticas, parecen ser honestos y entender el sentido del amor y su profunda entrega o manejan niveles altos de comprensión y capacidad para interactuar, pueden ser portadores del fuego, de la anomalía, pueden erradicar con sus demonios la vida de muchas personas o volverse adictos y adeptos a la tortura del otro, de ese desconocido que por norma, debe plantearnos siempre lo misterioso. El problema realmente está vigente cuando se intenta diagnosticar una conducta tan singular y se pretende establecer guías, hábitos o fórmulas, pues siempre, exceden, no rodean con claridad los motivos de una conducta, pues esta, siempre es literatura, por tanto: misterio, complejidad y no se halla mediante rastreos psicológicos o sociológicos.

Pero porqué es la literatura el lugar donde se expone una ética, un lugar plagado de personajes como los que le interesan a Nicolás Gómez Dávila. Claramente, es a través de ella donde los personajes de ficción son portadores de diversos rasgos que conmueven o encantan que desesperan o causan bochorno, sin exhibir el porqué de sus conductas, mostrando ese mar infinito de complejidades que son las emociones humanas.

Hofmiller, un muchacho consciente de su representación teatral en la vida militar, intenta, algunas veces con éxito, otras con fracaso, desenvolverse en los albores de una sociedad a punto de estallar, llena de servilismo y esnobismo. La cual le muestra, todos aquellos lujos que poco a poco va degustando, pero que desde el primer momento, lo obligaron a replantearse su representación, es portador de una moral, una gramática que lo circunscribe en la cotidianidad con una profesión, pero que este, aprende a meditar, como quien de memoria ensaya todos los días cómo comportarse en una cena familiar una vez al año, pues allí, en ese lugar común, se representa la moral, en individuos que esconden su ética.

Cuando el joven militar Anton Hofmiller, es invitado, con suprema cortesía por el magnate Von Kekesfalva a su castillo, sabe que debe ponerse el frac de los hábitos y actitudes normativas para asistir a tan elegante invitación. Así lo hace, su profunda conciencia del tiempo y la profesión que habita, le interpela para organizar minuciosamente su asistencia y en la medida en que se acomoda en el lugar, va teniendo una constante discusión consigo mismo de cómo debería comportarse en cada gesto. Es un espacio espléndido que le sorprende, con precisión y detalle muestra el lujo y el exceso que sus ojos contemplan con entusiasmo y supremo candor. De repente, el mismo escenario se encarga de mostrar cómo la ebriedad emocional y sustancial genera que no solo él se vaya desprendiendo de sus ademanes comunes y reacciones aprendidas:

No sé si me siento tan relajado y libre porque a derecha e izquierda y en frente a los demás, también les brillan los ojos y hablan en voz alta, porque han olvidado asimismo, los valores distinguidos y charlan animadamente y todos a la vez, pero sea como fuera, ha desaparecido todo mi apocamiento⁹²

Aquellos gestos moralmente aceptados, van siendo cambiados por impulsos instintivos ante la tensión social mezclada por la influencia del alcohol y la comida, ya se dice, desde antaño, que somos seres de influencias, aquí, se muestra que la conducta, por más meditada y

⁹² Zweig. Op. cit., p. 594

regida por un manual o por una imposición personal respondiendo a conveniencias económicas y de posicionamiento social como es el caso de Hofmiller, es compleja y siempre excede el control, no son solo personajes literarios mostrando paradigmas y la conciencia de una época, son rasgos universales que gracias a la literatura se tambalean en un campo de tensiones constantes y con los que el lector, no aprende, solo afronta. Primero en abstracto y después en la realidad. De ahí el valor pedagógico de la literatura, pues no es como aquellos profesores moralistas que con tono ronco e imperativo van con machete en mano desapareciendo la maleza del campo, mostrando siempre un paisaje apolíneo, estricto y métrico. Olvidando, la importancia de la maleza y del misterio como categoría fundamental de la vida.

Más adelante, cuando la música adorna el escenario y Hofmiller un poco colocado tras la variedad de licores que ha bebido y cuando el apocamiento lo abandona, nuevamente es jalonado por la moralina, siente el rigor de la obediencia y se regaña a sí mismo por haber olvidado sacar a bailar a la hija del magnate, esto constituye para él una afrenta, porque sabe muy bien cuáles son los pasos a seguir, los ha meditado, los ha repetido en su mente y se dispone a remediarlo.

Zweig con magnífica elegancia, juega ser un retratista de las emociones y tensiones humanas, sabe muy bien agregar esa pizca de comedia a los momentos cumbres de la narración, pues esta iniciativa del joven Hofmiller, es producto de la tensión constante que hay en él, de una gramática que lo habita, con toda la parafernalia necesaria para aparentarla y aquella tensión de su deseo personal de su libre y desenvuelto habitar. Esto lo lleva a cometer un acto ridículo y completamente cómico e inmisericorde. Un acto que desencadenaría, el largo viaje formativo que emprendería Hofmiller a partir de ese momento, vergonzoso y desconcertante, cuando con la mayor superchería del estilo se acerca donde la joven Edith y la saca a bailar, sin notar lo que hasta un ciego podría percibir, su invalidez.

Tras este acto de incorrección política, sin querer, el protagonista se dispone a vivir una variedad de acontecimientos que lo transformarán, esta transformación lo convertirá en un héroe nacional que con sigilo huye de sí mismo y en la guerra encuentra un refugio. Un valor fundamental de la literatura es la capacidad de mostrar esta plasticidad que subyace en la condición humana, sin encontrar motivos o elementos que señalen una explicación unívoca dispone todo un escenario, siempre inacabado que obliga al lector a diagnosticar, desde su silla, con las manos temblorosas si su sensibilidad lo permite y conjeturando, siempre, sobre las tonalidades grises, en lóos, sin definiciones. Pues una bella forma de mostrar la finitud y la ambivalencia del hombre en la tierra es una historia común que por extraordinaria, siempre nos alcanza a todos.

Para Joan-Carles Méliche, la existencia de todo ser humano inicia con la experiencia de la ambigüedad, con esa *irrupción de lo extraño* que como diría Hölderlin genera que no podamos imaginar *algo excelente sin pensar al mismo tiempo en su contrario*.⁹³ El autor catalán expone esta natural condición finita de la siguiente manera

Porque somos finitos existimos “en dependencia”: “desde”, “entre”, “para”, “a partir de”, “frente a”, “en relación con”, “en contra de”, “a favor de”, “junto a”... No es lo categórico y lo absoluto, lo claro y lo distinto, la coherencia y la fortaleza, lo que caracteriza fundamentalmente el modo de ser humano, sino lo circunstancial y lo preposicional, lo relativo y lo dativo, lo frágil y lo contradictoria.⁹⁴

La travesía de Hofmiller, nos permite comprender estos elementos, la condición siempre en tensión de un espíritu humano que fortalecido es débil y detenidamente refleja sobre el lector, sin ningún tipo de mandatos o imperativos, lo que tradicionalmente se ha buscado en otro lugar, un mensaje implícito, un mensaje entre líneas, inacabado que obliga al lector a buscar en sí mismo las respuestas, y al mismo tiempo a transgredir la moral que habita y a

⁹³ F. Hölderlin, *Hiperión o el eremita en Grecia*. Gredos, 2003, p. 30

⁹⁴ Mèlich. Op. cit., p. 15

preguntarse por su situación con la otredad, como la mirada contemplativa del poeta Rilke, en el Torso Arcaico de Apolo:

No conocimos su cabeza inaudita,
 donde maduraba el globo del ojo. Pero
 su torso sigue ardiendo como un candelabro,
 en el que se mantiene y brilla. Solo que reducida,

su contemplación. Si no, no podría deslumbrarte
 la proa de su pecho, ni podría ir
 en el leve contoneo de su cadera una sonrisa
 hacia aquel centro de procreación.

si no, esta piedra estaría desfigurada y corta
 bajo la caída transparente de la espalda
 y no centellaría como una piel de animal de presa;
 y no estallaría desde todos sus bordes
 como si fuera una estrella: pues no hay ahí sitio alguno
 que no te mire a ti. Has de cambiar tu vida.⁹⁵

Este imperativo del último verso del poema, es un mandato sobre lo indefinible, cambiar la vida no significa seguir patrones, solo queda el mandato pero la consecución del mismo, le compete a la singularidad de cada individuo a su tránsito en y hacía.

Toda manifestación estética debe incitar e insistir en el malestar del contemplador, obligándolo a escuchar el rumor o a construir la figura a partir de su aproximación, para el pensador alemán Peter Sloterdijk quien toma como pretexto el final del poema para escribir su libro *Has de Cambiar Tu Vida*, en aquella forma inacabada subyace una incitación, una

⁹⁵ Wolfgang Bürkle, *Von Rodin bis Baselitz. Der Torso in der Kunst der Moderne*, Ostfildern, 2001, citado por Peter Sloterdijk en su libro *Has de Cambiar tu vida*, Pre-texto, 2012, p. 37

invitación bajo el relieve del misterio al cambio, hacia algo que siempre será inhallable pero incita al contemplador al movimiento:

La perfección evocada en estos catorce versos encontraría su razón de ser en la circunstancia de que, independientemente de la mutilación de su soporte material, posee la potencia plena de construir, a partir de sí mismo, un mensaje que apela a sí mismo.⁹⁶

Este mensaje, a veces silencioso y otras ensordecedor que incita al contemplador - lector a mirarse con sigilo en el espejo, y a sacar la cabeza por la ventana, para sentir el viento y el ronroneo de la tormenta que se avecina, a preguntarse hacia dónde va el individuo que debajo de su casa, de una manera huraña y reluciente de mugre, esculca en su basura, genera una disposición reflexiva que implica una comprensión difusa sobre el habitar y la complejidad. Es sin duda terapéutica pura y sin pagar consulta a la que conduce la literatura y ese ecléctico merodeo del daimón que la habita. Como un espíritu o un pensamiento que nos reta al aprendizaje asegura Mèlich. Una impaciencia, siempre tambaleante, que no agota su insistencia por poseer al lector. Este ritmo difuso que arremete contra el hombre y lo conlleva a pensar que su misma existencia y la de los otros, carece de claridad y no es posible delimitarla y aún peor, no es posible tramitarla con algún manual adscrito a las generalidades comunes, le permite al hombre, llegar a la comprensión aguda y tenaz de sus existencia y lo confronta contra su finitud y el mutismo que resulta de reflexionarla.

4.3. Transformación

En la primera de las Elegías de Duino, el poeta checo Reiner Maria Rilke describe al hombre como un ser *en peligro*, pues habita un mundo, que a diferencia de otros, es interpretado y esta condición genera que dicho mundo sea inseguro. Interpretar, mediar,

⁹⁶ Ibid., p. 38

trasladar de un lado a otro un gesto, un impulso, un encuentro, el silencio. De ahí la complejidad al momento de pensar, con detalle, la palabra. Y cómo puede el hombre en su desamparo interpretar sin temblar en el preciso momento de la ausencia de una seguridad conquistada. Es el lenguaje, con su misterio inefable, el lugar donde reside la tensión. Allí, en esa estructura, aparentemente ordenada y normativa, de signos al compás de una mirada, el vehículo que transporta el suplicio de los hombres. Tenemos aquí a un joven cuya formación militar parece haber fabricado a un cínico cuyo silencio no es más que la asimilación de las condiciones de una época. Hofmiller, poco a poco, entra en confianza con la frenética Edith, quien muestra claramente, lo que puede causar en una persona la invalidez, la imposibilidad de una vida normal, el padecimiento. En una de las primeras escenas en las que el joven teniente coronel observa cómo se desarrolla la vida de esta mujer el lector se encuentra con esta reflexión en la que se va sucediendo la transformación del protagonista:

El corazón se me encoge como bajo una garra de hielo al contemplar esta marcha forzada, porque comprendo lo que quiere demostrar con no dejarse ayudar ni llevar en silla de ruedas: quiere mostrarme, precisamente a mí, y a todos los presentes, que es una inválida. Quiere afligirnos, llevada por algún oscuro deseo de venganza, fruto de la desesperación, mortificarnos con su dolor, acusarnos, a nosotros los sanos, en lugar de acusar a Dios.⁹⁷

No hay solo una aparente reflexión sentimentalista sobre lo tormentoso que puede ser para cualquier persona observar los padecimientos de otro. No, eso sería el mero reflejo, la mirada desatenta de un personaje moral. Aquí hay un personaje que confronta al lector, que lo saca de su silla para señalar que tras el panorama proyectado, se esconde toda una red de signos que en conjunto irán descifrando. Mostrando, develando y siguiendo la línea de Odo Marquard, la cual indica que el escéptico, en este caso, el militar Hofmiller, no tiene principios, sino nervios, como diría el poeta. Y no solo eso, tiene costumbres, hábitos, está adscrito a un contexto que lo obliga, siempre, a cavilar y a sentirse incómodo ante la respuesta que deberá afrontar.

⁹⁷ Zweig. Op. cit., p. 615

Para el caso que se quiere exponer. En tal confrontación hay un acercamiento a la problemática de la ética, pues no estamos ante un conjunto de reglas o normas que buscan analizar conceptualmente al hombre. Sino ante un escenario en donde todo es posible. La condición para que exista una reflexión ética Mèlich la expone en relación a la condición corporea del ser humano. Al respecto afirma que:

Si la ética es posible en la vida humana , es porque somos finitos, porque no tenemos acceso a los principios, porque el conocimiento humano es limitado, porque dudamos, porque no andamos por un camino claro y distinto, porque no alcanzamos verdades firmes y seguras...En una palabra, no hay ética porque sepamos en cada momento cuál es nuestra obligación sino porque no lo sabemos.⁹⁸

El autor catalán ilustra muy bien la situación de cada individuo frente a su devenir y en este caso del joven teniente de caballería Hofmiller, pues no sabe cómo responder a las exigencias de la cotidianidad que ahora enfrenta, pues está minada, por donde se mire, de tensiones morales. Su transformación es inminente y poco a poco va descubriendo que nada de lo que pensaba, hasta ese momento de conocer a Edith, estaba ligado a principios profundos. El lienzo en el que sus días se desvelan no ha cambiado, el caballo le espera para ser galopado a la velocidad que su pasión le indica. Pero, algo ha cambiado, en su interior la transformación es evidente. Al galopar no puede dejar de ver a la delgada lisiada impedida para tales detrezas y su compasiva alma va deempolvando emociones que no se traducen en signos, lo vuelven, poco a poco, dubitativo y dependiente de la compasión que descubre. Como un deslumbramiento:

Pero nunca es el dolor imaginario e imaginado el que consterna y anonada, sino solo el que el alma ha visto realmente con ojos compasivos es capaz de perturbar de verdad. En mi apasionado y alegre galope había creído ver de repente tan cercano y real como en una visión su rostro desencajado y pálido, me había parecido verla arrastrándose por el salón con sus muletas y al mismo tiempo oír el toc-toc y el clac-clac y los crujidos y chirridos de los aparatos ortopédicos ocultos en las articulaciones

⁹⁸ Mèlich. Op. cit., p. 78

de la enferma; como en un susto, sin pensar, sin reflexionar, había tirado de las riendas.⁹⁹

4.3.1. Individualidad

Sin duda alguna es importante para una reflexión ética en literatura, huir de la mirada universal de los gestos anímicos. Es decir, tomar aquellos aspectos que han sido privilegiados como lugares comunes de análisis para acercarse al hombre debe olvidarse. Lo que contiene la profunda ambigüedad de la conducta de los hombres es aquel espacio íntimo que refleja las contrariedades que rodean estos espacios que no son ni públicos ni privados. Pero que están allí, en una pequeña casa sencilla, en una habitación, con dos personas o más. Y esto, transcurre, casi siempre, en los márgenes de la historia y al filósofo le parece una simple anécdota.

Por ello, en palabras de Sloterdijk *“Lo que aquí se llama lo íntimo se refiere exclusivamente a espacios interiores, divididos, compartidos, consubjetivos e inteligentes”*¹⁰⁰ Espacios que permiten al investigador de humanidad comparada, hallar el claroscuro que habita en todo ser. Ese *espíritu literario*, se demarca notoriamente en la historia del joven Hofmiller pues este, al ser sorprendido por el desgarrador sentimiento de la compasión que nunca había sentido, lo obliga a reflexionar a radiografiar su transformación. “Mi situación familiar estaba arreglada, mi profesión y mi carrera estaban bien delimitadas y reglamentadas, y esta despreocupación –ahora lo comprendía– había vuelto irreflexivo mi corazón”¹⁰¹ Esto se dice a sí mismo al ver que ya no puede disfrutar de su condición física al observar a Edith y su enfermedad.

⁹⁹ Zweig. Op. cit., p. 616

¹⁰⁰ Sloterdijk, Esferas 1, Op. cit., p. 97

¹⁰¹ Zweig. Op. cit., p. 622

Esta especie de autoconciencia, en primera instancia, lo conlleva a modificar su conducta. Una suerte de transformación le visita y como si fuese una especie de transeúnte desprevenido, en su cotidianidad, le invade en el gesto común. Se deja influenciar por su nueva disposición y al tiempo reflexiona en cada aspecto de su relación con los demás. La ambigüedad del mal entendido inicial en casa de Edith, lo ha enlazado. Esa minúscula decisión de reivindicarse desencadena un cambio absoluto en la relación que el teniente tiene con las cosas, con las personas, con aquello que anteriormente pasaba desapercibido a su conciencia.

Para ejemplificar las contrariedades y dificultades que las relaciones humanas expresan, no es un sistema de valores o un conjunto de dilemas basados en planteamientos teóricos los que mejor orientan al aprendiz de humanidad. En este caso, se hace énfasis en la *singularidad* humana manifiesta en los espacios íntimos que se esconden entre las líneas de una narración y que se expresan en este peculiar espíritu que alberga la novela. Hofmiller, descubre la compasión y los conflictos que, según Zweig traen consigo, la manera errada de adentrarse en ella. El escritor austriaco advierte en palabras de su genial protagonista el médico Condor

Hay dos clases de compasión. Una, la débil y sentimental, la que en realidad solo es impaciencia del corazón por liberarse lo antes posible de la penosa emoción ante una desgracia ajena, es una compasión que no es exactamente compasión, sino una defensa instintiva del alma frente al dolor ajeno. Y la otra, la única que cuenta, es la desprovista de lo sentimental, pero creativa, que sabe lo que quiere y está dispuesta a aguantar con paciencia y resignación hasta sus últimas fuerzas e incluso más allá.¹⁰²

Y es que el deslumbramiento de sentimientos y emociones a los que el joven teniente se ve abocado en su día a día, le imprimen en su habitar una tensión constante. *Tensión* que comunica muy bien al lector. Principal testigo de esta transformación.

Por primera vez empiezo a sospechar que no se puede conectar y desconectar la verdadera compasión como si fuera un contacto eléctrico y que todo aquel

¹⁰² Zweig. Op. cit., p. 581

que se interese por un destino ajeno se ve privado de una parte de libertad del suyo propio.¹⁰³

4.3.2. Situación

Para el escritor catalán Joan-Carles Mèlich la estela del pensamiento metafísico se ha encargado de escenificar en el teatro del mundo, elementos fijos que condicionan la conducta del ser humano. Estos *metafísicos* como los llama, impiden acceder a la comprensión corpórea del animal simbólico, que es donde reside todo el acontecer necesario para posibilitar una ética. Una ética de la compasión que sitúe al otro, en el lugar indicado. No desde la visión del arquetipo heroico que se sabe encargado de llevar a cabo una acción virtuosa para salvar a los demás. Sino desde la presencia de un hombre común, de carne y hueso, preparado para encarar su *situación* sin una respuesta exacta y a priori. De ahí que así como la ficción occidental se ha orientado hacia abajo, la conducta humana tenga la necesidad de prestar atención a sus sentidos, a lo que cada uno de ellos expresa, en su profundidad, pues allí se esconde el misterio para encaminar una posible e inacabada explicación de los motivos, solo allí, como si fuese un trampolín, se puede acariciar lo celeste, lo enigmático. El pensador catalán trae a escena conceptos que, por su desgaste y la desfachatez con los que han sido usados en el plano teórico, requieren aclaración.

Con frecuencia se habla de que quien abandone una creencia absoluta caerá irremediablemente en el *nihilismo* pues todo pasará al racimo de las interpretaciones de los hombres y no dejará de ser más que un decir humano. Además de ello, se plantea la idea de que quien se sitúe en un campo del pensamiento desde una visión próxima al devenir cotidiano de una situación o suceso, caerá en un relativismo viscoso que imprime en la óptica

¹⁰³ Zweig. Op. cit., p. 648

del interesado una visión sesgada y poco pertinente para una objetividad y universalidad de las relaciones humanas.

Mèlich interviene en dichas iniciativas y manifiesta las ventajas, para el plano de una ética de la compasión, de entender el relativismo como elemento primordial para una hermenéutica contemporánea y para el caso que nos interesa, aplicada a la literatura:

¿Qué sostiene el *relativismo perspectivista* a diferencia del *relativismo ingenuo*?. Como he dicho antes, lo que el primero afirma es que todo lo que pensamos, todo lo que decimos, todo lo que hacemos, lo pensamos, lo decimos y lo hacemos desde un lenguaje, desde un tiempo y un espacio, desde una historia. En una palabra: el “factor biográfico” es ineludible. O bien nos situamos en un ámbito idealista, y, en tal caso, el sujeto de conocimiento y de acción acaba siendo un sujeto descarnado, sin cuerpo, un alma pura, o bien aceptamos, como he propuesto en el Pórtico que da inicio a este ensayo, que somos corpóreos, que la corporeidad, y todo lo que ella implica, no puede “ponerse entre paréntesis”. En tal caso debemos darle la razón a Nietzsche y admitir el *perspectivismo*.¹⁰⁴

Tal comprensión del hombre, como un ser finito cuyo análisis requiere el aterrizar en un plano situacional, no conduce dicha interpretación a una mirada sesgada, por el contrario encamina, en este caso, al lector, por terrenos simultáneos que permiten llevar a cabo una lectura desde la distancia. Es decir, lo implica en la narración y aporta a su lectura los elementos vivenciales que menciona el autor.

En el caso aquí manifiesto, el joven militar descubre un sentimiento que siempre ha estado allí, pero que no había sido explicitado. Su situación ya no responde a una *dimensión imperativa* sino en palabras de Mèlich a una “*dimensión adverbial*” en la cual importa el *lugar (donde) tiempo (cuándo) modo (cómo)*. Sin duda, esto se refleja en la confrontación a la que se ve implicado en el momento en el que el padre de Edith, le presenta al médico Condor, pues desea saber si en realidad existe una cura para la parálisis de su hija. Es crucial lo que hace el teniente, para entender la acepción negativa que Zweig tiene sobre la compasión, que no es más que *impaciencia del corazón*, como titula el libro, un impulso sentimental y débil.

¹⁰⁴ Mèlich. Op. cit., p. 74

Pues este, en la tensión que le ocasiona el tener que darle una pizca de esperanza al pobre anciano, tergiversa lo que le dice el sensato médico y exagera hasta el punto de brindar una esperanza de cura indebida, pues todo, después de ello cambiará. Para hacer énfasis en lo que aquí se pretende expresar. La noción de condición ambigua la expresa el doctor Condor de manera magistral en la respuesta que le da a Hofmiller:

El final es siempre el mismo. Curable o incurable, blanco o negro. Como si fuera tan ¡fácil! “Sano” y “enfermo” son dos palabras que un médico decente y de buena fe no debería pronunciar jamás, pues ¿Dónde empieza la enfermedad y termina la salud? ¡Y “curable” e “incurable”! Ya lo sé, son palabras muy corrientes y en la práctica es difícil prescindir de ellas. Pero no conseguirá que pronuncie la palabra “incurable”. ¡Yo, nunca! Sé que el hombre más cuerdo del último siglo Nietzsche escribió esa frase terrible: no hay que querer ser médico de lo incurable. Pero es, con diferencia, la más falsa de todas las frases paradójicas y paradójicas que ofreció a nuestro análisis. La verdad es exactamente lo contrario, y yo afirmo: es justamente de lo incurable de lo que hay que querer ser médico.¹⁰⁵

Lo que le ocurre a Hofmiller es producto de la profunda tensión que siente al verse presionado, por ese renovado sentimiento, para brindar un poco de esperanza a la familia Keskefalva. Sin duda alguna el lector no juzgará su actuación, pues Zweig, delicadamente conduce al lector por los peligrosos lugares donde el sentimiento humano se escabulle. Mostrando, siempre, en paradojas y claroscuros, los rasgos de su personaje. Inmerso en situaciones que permiten hallar esa misteriosa esencia del ser humano.

Para el joven miliar la vida se torna un estar arrojado a la profunda comprensión de la compleja realidad. ¿Qué puede hacer, decirle a la enferma que no tiene cura? Permitir que esa alegría que, como un sopor dulce se apodera de la familia Keskefalva, se disuelva en una fatal amargura. No, prefiere alargar la dicha de todos. Indudablemente el lector enfrenta la misma tensión en la que el joven miliar se ve envuelto y esto es lo particular del estilo del autor austriaco. Y representa justo lo que consideramos necesario para problematizar el problema de una ética, *pues aquí todo el peso de la existencia se esquematiza, sin esquema, sin modelo,*

¹⁰⁵ Zweig. Op. cit., p. 744-745

sin decir bueno o malo. Son personajes, individuos, sujetos con biografía, con un devenir histórico.

4.3.3. Biografía

En la historia, en la filosofía, en el mero comunicar un hecho o conceptualizar un comportamiento, a lo que se apela es al designar objetivo. Para luego, encasillar, delimitar y clasificar a los individuos dentro de lo ya demarcado. Por ejemplo, cuando se habla de romanticismo, se comprende un periodo de tiempo en el que, como si fuese un virus contagioso, los individuos de una época empezaron a hacer énfasis en la exaltación del sentimiento. En el ímpetu más que en el objetivo. La idea se entiende bien cuando se comunica conceptualmente. Pero para efectos de una comprensión ética del devenir del hombre, resulta preciso, e inclusive, más efectivo, hacer alusión a un sujeto envuelto en estos impulsos de la época. Si alguien lee, con atención las Cuitas del joven Werther o Enrique de Ofterdingen, recogerá con creces, aquellos impulsos que rodearon dicha época. Entenderá, aunque los diversos movimientos románticos tuvieron muchas diferencias de forma, y algunas de fondo, aquellas imágenes genuinas que rodearon dicha iniciativa del espíritu. La noche, los sueños, la paradoja de llegar a lo infinito desde lo finito, las fantasmagorías, lo mágico, lo sugestivo, entre muchos otros valores e impulsos. Además, relacionará elementos extraídos de la *situación* particular del protagonista a su realidad contemporánea. Es decir, quien lea estas obras y se apasione por los vericuetos del individuo, está alcanzando no solo un posible conocimiento objetivo de los elementos que rodearon un periodo histórico y por ende, una forma de conciencia de una determinada época. Sino que, haciendo énfasis en la singularidad, comprenderá que en todo ser humano, se manifiestan, de diversas maneras,

impulsos comunes, emociones y sentimientos que por su complejidad requieren ser problematizados.

El escritor catalán Joan Carles Mèlich, con relación a este tratamiento estético del lenguaje que permite arrostrar en los textos un espíritu sagaz y misterioso en el que se devela esta complejidad constitutiva de la condición humana manifiesta:

El lenguaje literario es netamente biográfico y corpóreo. No solamente es decisivo “lo que se dice” “quién” lo dice, “cómo” lo dice, “cuándo” lo dice. El autor deja un resto implícito en su texto. Un resto que no puede ni debe “ponerse entre paréntesis” o “tras un velo de ignorancia” para conseguir, de este modo, una justicia o equidad. Al contrario de la metafísica, el “espíritu de la novela” aporta a la ética el “factor biográfico”. Y en relación a la situación a la que antes hacía referencia, la biografía es precisamente algo que determina las acciones y decisiones en nuestra vida cotidiana.¹⁰⁶

Por ello, atender a la situación del joven Hofmiller, inmiscuye al lector en una sociedad cuyo porvenir próximo era la guerra, muestra las fisonomías despreocupadas de aquella época tranquila previa al estallido de la primera guerra mundial, el esnobismo imperioso en los gestos de la burguesía, la eliminación de la nobleza en relación directa al poder económico, la idea, y se observa en el señor Keskesfalva, del hombre de negocios capaz de conquistarlo todo, fortuna y apellido. Esto y mucho más. Pero más importante aún, independiente del disfraz conceptual de la época y de las singularidades históricas ; muestra, los sentimientos difusos del ser humanos, la ambigüedades latentes en el gesto, aquellos rasgos universales que son potencia en todo hombre, que independientemente de la época, se drenan como el mito, por entre la rendija de la condición humana. Pero que, valga la paradoja, se manifiestan en singularidades humanas.

El joven Hofmiller no le cala la explicación que le da el médico Condor sobre su irresponsabilidad. Solo le interesa ese cosquilleo tenue de la felicidad en los aires de la familia Keskesfalva. Pero lo que no sospecha el protagonista y mucho menos el lector es que

¹⁰⁶ Mèlich. Op. cit., p. 82

el joven militar no está dispuesto a sacrificarlo todo, como lo haría quien de verdad sienta la compasión, según Zweig. Como lo hace Condor al casarse con la paciente ciega que no pudo curar para dedicarse plenamente a ella.

Al verse enfrentado por el realismo de Edith, cuando lo invita a que la acompañe a su tratamiento, este al objetar e indicar la situación económica como imposibilidad para acompañarla. Ella lo confronta, hasta el punto de conseguir la verdad de este, quien asegura que es la compasión la que lo impulsa a ser un acompañante cotidiano de ella. Toda la confusión de sentimientos que transcurren, hasta el punto en el que la joven tullida con un frenetismo voraz lo besó. Estupefacto Hofmiller dice:

Salí de la habitación tambaleándome. Una vez en el oscuro pasillo, me abandonaron las últimas fuerzas. Tuve que apoyarme en la pared, porque mis sentidos daban vueltas vertiginosamente. ¡Era eso, pues! Ése era el secreto, revelado demasiado tarde, de su inquietud, de su agresividad, para la que hasta entonces yo no había encontrado explicación. Mi espanto era indescriptible. Me sentía como alguien que se inclina sin recelo sobre una flor y le sale al encuentro una víbora. Si aquella sensible muchacha me hubiera pegado, insultado, escupido..., todo esto me hubiera dejado menos atónito, pues conociendo sus nervios inestables estaba preparado en todo momento para lo imprevisible..., excepto para esto: que la enferma, postrada, fuera capaz de amar y quisiera ser amada; que aquella niña, aquel medio ser, aquella criatura incompleta e impotente se atreviera ¿No sé expresarlo de otro modo? A amar, a desear con el amor consciente y sensual de una verdadera mujer.¹⁰⁷

Aunque parezca sorprendente el autor muestra a un personaje bastante ingenuo. O, al menos, es lo que pretende hacer creer, allí reside lo no dicho completamente, esas ausencias que son vitales para una trama ética. Hofmiller ahora sabe que es amado, y no podrá hacer nada para evitarlo. Comprende que Edith saldrá lastimada y prolonga su desventura hasta el límite. Desatendiendo lo consejos del sabio Condor. Quiere huir, prolonga dicha huida. Pacta con ella, sabe muy bien que ofreció la esperanza de la cura siendo esta falsa, que tras su recuperación estaría con ella. Y continúa en su obstinada sensación.

¹⁰⁷ Zweig. Op. cit., p. 823

El joven militar regresa a casa de los Keskesfalva con la clara idea de lo que ocurre. Ahora no puede desatender el amor que siente la enferma por él. Y eso, genera que cada día sea un constante debatir consigo mismo sobre lo correcto. La conciencia se revela, observa cómo la mujer ciega y el médico Condor tienen una hermosa relación. Ve cómo es él, la luz de ella, la ilumina como si tuviese ella los ojos vendados en una habitación oscura y fuese consciente de ello. Pero un hombre la guía con una linterna. Ella se deja llevar y desconoce que este hombre ilumina, es una luz sin ser luz. Es pura fe. Y esto Hofmiller lo interpreta correctamente, por un lado se percata lo que realmente es el amor y la verdadera compasión. Sacrificio puro sin sentimentalismo. Pero por el otro, no puede transmitir lo que añora Edith.

Un amor verdadero.

4.3.4. Ambigüedad

Cuando la situación le exige sacrificio al joven militar, este, a pesar de observar en quien hasta entonces ha sido su mayor influencia y maestro, el médico Condor, aquella entrega desmedida, sin pensamiento que tiene con su esposa ciega y enferma, ese gesto que solo comprenden los que se mueven en aquella dimensión sacrificial a la que conlleva la compasión en su más profundo sentido; Hofmiller, no comprende, y aquí se realza un elemento vital que solo se puede rastrear en la literatura. Conductas que se desligan de una posición moral fija, situaciones límite que disponen en el personaje una amplia variedad de signos que lo hacen tambalear en ese penoso vaivén de la existencia en tensión.

Tenemos pues un individuo al que le cuesta tomar decisiones a pesar de que comprenda la naturaleza de sus acciones. Insumo suficiente para llegar al problema de la ética, para el caso, nuevamente tomamos las interesantes reflexiones de Mèlich con respecto a la ambigüedad vigente en la literatura en frente de una claridad metafísica:

La literatura es un género de sombras, de matices, de claroscuros. No hay nadie que lea un texto literario buscando objetividad, o porque su contenido haya sido contrastado empíricamente, o porque ofrezca ideas claras y distintas. Todo lo contrario, una obra literaria muestra un universo ambiguo, en el que tanto los personajes y las situaciones como nuestras lecturas e interpretaciones siempre son susceptibles de *ser de otro modo*, de ser revisadas, de ser reinterpretadas. Los textos literarios son ambiguos. Por eso, la claridad y la distinción, características fundamentales del método cartesiano, nada tienen que ver con el *espíritu de la novela*.¹⁰⁸

Tensión necesaria que permite una lectura poli-cromática; es decir, dicha ambigüedad abre puertas para una posible interpretación que genera en el lector una irrupción reflexiva sobre los pormenores a los que se ve abocado el militar Hofmiller y su ansiedad va tejiendo una trama cada vez más conflictiva; este joven, admite o más bien la reacción de su cuerpo, a lo que lo llevan sus sentidos advierten que nunca podrá ser como Condor, entiende que su emoción, aquella compasión débil que lo incitaba a ocultar en la ansiedad su verdadero sentir y por ende a complejizar las situaciones vividas, no alcanza, debe huir, tiene que alejarse de todo escenario relacionado con Edith.

Es dilemático el asunto de la compasión, en este momento de la trama, la compasión invierte su efecto y lo que genera, ya no es un bienestar en el panorama sino un malestar destructivo. Hofmiller parece huir; por un lado su carrera militar se ve afecta, *por la maldita garra de la compasión*¹⁰⁹, tiene problemas allí y esto es a causa de su nerviosismo y la notoria indecisión que lo obliga a dar un paso y retroceder dos. Se desorienta, desatiende sus asuntos prácticos y cae en una ensoñación, esto lo lleva a cometer un grave error en su escuadrón. Sin lugar a dudas las circunstancias conflictivas de una vida en tensión se generan porque esta, de manera desfigurada comprende la ambigüedad de las relaciones humanas y aquí, su peripecia empieza a navegar en un mar turbio y a confrontarse con la norma militar tras ser reprendido rudamente por su coronel. Tras el barullo, es un amable compañero quien se le acerca a darle aliento, pero Hofmiller, está en tensión, se ha transformado nuevamente. “En este instante

¹⁰⁸ Mèlich. Op. cit., p. 83

¹⁰⁹ Zweig. Op. cit., p. 855

experimento por primera vez en mi propia carne cuan torpemente se puede herir con la compasión. Por primera vez y demasiado tarde.”¹¹⁰

Esta vez, como en la vida, la mediación tiene efecto. Es Condor mediante el ejemplo quien, sin buscarlo, muestra al joven militar en un bello lienzo en el que se representa la verdadera compasión, aquel sentido que excede toda posible trasmisión oral, que solo se vive y se transmite mediante la vivencia. Esto lo entiende, tardíamente, Hofmiller. Quizá la novela no enseña a manera de tratado o como un buen regulador los senderos exactos de la compasión, el autor austriaco con la elegancia que lo caracteriza no pretende demostrar si la compasión, en tanto sentimiento vital y necesario, tiene un fin, una definición, o está adscrita a un manual de conducta. Lo que vemos es cómo este sentimiento no es bueno ni malo, depende, de la manera como se viva. Lo que pone de relieve el autor es un escenario donde esta va mostrando diversos personajes a los que todos los alcanza: la compasión del viejo Kekesfalva por aquella mujer que le arrebató su fortuna y que luego no es capaz de dejarla, la compasión que siente por su hija que donándose completamente a ella, no le importa andar siempre con el mismo traje, y persiguiendo una ilusión desvanecida, la compasión, que quizá sea la más valiosa, del sabio médico Condor quien por fuera no parece ser más que un bribón y que en donación absoluta, siguiendo la línea de sentido cristiana, se olvida de sí mismo, para reposar, como un estoico, en el sacrificio. Es notorio que un espíritu literario no huye de la ambigüedad, busca generala y entramarla, para extenderla. *En ese sentido la literatura a diferencia de los manuales de moralina, busca generar el conflicto, lo reaviva; pues allí, en ese claroscuro que se levanta en cada página, se representa una hermenéutica pedagógica que obliga al lector a hacerse juicios morales, sin saber si estos pueden ser buenos o malos. Allí reside el sentido de una ética de la compasión.*

¹¹⁰ Zweig. Op. cit., p. 858

4.3.5. Ausencia

Suceso importante. Hofmiller tras ser influenciado por el médico Condor que logra comprometerlo a continuar con su iniciativa. Regresa a la mansión de los Kekesfalva, no hay más insumo que este, un individuo en líos, que desorientado no tiene claro nada, se adelante y retrocede al tiempo. Para Mèlich “no hay posibilidad ética sin impulsos contradictorios”¹¹¹ de ahí que el joven militar, al tiempo que descubre cosas que nunca antes había sentido, desorienta su vida, desatiende la planicie moral en la que había estado absorto, cumpliendo sin recelo, toda normativa. Resulta importante cómo en la trama de la novela parece haber un inicio y un final, una suerte de claridad metafísica, pero en la medida que se va extendiendo la narración dicha presencia se transforma en un escenario para que se represente la incertidumbre. Se evidencia pues una ausencia necesaria, vital para que los pasajes oscuros se revelen, para que cada lector no se refleje en la obra, no busque la moraleja, por el contrario se debate en el vaivén de las ambivalencias de la vida contemplada con toda la carga de la tradición que impera en cada individuo, para que al tiempo se genere un conflicto de dichos valores, una puesta en escena que lo repiensé que lo ponga en tela de juicio. Y eso, lo logra la literatura pues en ella se despliegan sin número de ausencias que obligan al lector a completar la imagen sobre los restos o sobre las meras impresiones.

El médico Condor, con punzante sutileza, lo convence aún más, aludiendo a argumentos eclécticos que merodean la reflexión ética:

Bueno, pues ahora me permitirá expresarle el calificativo que en mi opinión merece semejante proceder: esta manera de largarse sería una abominable cobardía... ¡Ah, no se sulfure en seguida como un militar! ¡Dejemos el margen oficial y el código de honor! No es cosa de guasa, se trata de un ser vivo (...)¹¹²

¹¹¹ Mèlich. Op. cit., p. 84

¹¹² Zweig. Op. cit., p. 889

Tras ser impelido por el médico, Hofmiller parece entender y tomar conciencia de la emoción que siente. Este parecer es signo de una ausencia, la del amor que tendría que sentir para poder llevar a cabo dicha empresa sin pensar en sí mismo, sin meditar, por un momento, las condiciones en las que estará. Y eso se refleja en las circunstancias, parece disfrutar de las caricias de Edith, intenta disimular su verdadero sentir, el lector interpreta los vericuetos de un individuo e líos, en contradicción constante.

Todo adquiere el matiz del compromiso, para Hofmiller la entrega es meditada, carece siempre del valor incondicional del amor verdadero, se aplazan las terapias de Edith y esto enfurece al joven militar que parece un calculista. El viejo Kekesfalva le pide de rodillas que tenga un poco de paciencia. Hofmiller siempre ha sabido que dicha ilusión se desvanecerá con el paso del tiempo, pues la pronta recuperación es solo un ideal, una especie de píldora de esperanza y fe, pues la medicina de Condor, no puede hacer, hasta ese momento, más que tener fe y seguir con el ejercicio religioso de las terapias. Sabiendo esto, con la vileza del villano que posa de mártir sacrificado, se compromete y le dice a Edith “Sí, cuando se haya curado, entonces naturalmente... yo mismo vendré a hablar con usted.”¹¹³

Esa aparente bondad lo lleva a mostrar un ego incontenible al tiempo de hacerse ver él mismo como un dios necesario y vital para esta familia en pena:

“Aquella noche fui Dios. Había calmado las aguas de la inquietud y apartado la oscuridad de los corazones. Pero también me había liberado a mí mismo de temores, mi alma estaba tranquila como nunca lo había estado en toda mi vida. Sólo cuando la velada declinaba y me levanté de la mesa, despuntó dentro de mí una ligera tristeza, la eterna tristeza de Dios en el séptimo día, cuando había concluido su obra, y mi tristeza se reflejó en sus rostros vacíos.”¹¹⁴

El compromiso por parte del joven militar y el aparente amor correspondido generan en la lisiada una reacción sorprendente, en un momento intenta caminar sin ayuda, lo logra, aunque

¹¹³ Zweig. Op. cit., p. 936

¹¹⁴ Zweig. Op. cit., p. 944

torpemente, casi al final, punto de llegar donde el causante de dicha acción, cae. Esto agrava la situación. Además, Hofmiller no puede creer que esté comprometido. Aquí se evidencia aquella ausencia que se revela en la obra literaria, necesaria y portadora de la ambigüedad que opera en toda acción:

La literatura pone en tela de juicio la *autoridad de la presencia* cuestiona la existencia de un sentido primero y último que pueda dar cuenta de las interpretaciones y de las valoraciones. A diferencia de la metafísica, en cualquiera de sus versiones, una ética de la compasión será una ética en la que los dilemas no podrán ser eliminados, en la que los conflictos no podrán ser resueltos, es una ética en la que no se permitirá tener *buena conciencia*.¹¹⁵

4.3.6. Asimetría

El engaño de la buena conciencia le juega una mala pasada al joven militar, pues piensa que su bondad no tiene porqué ser puesta en cuestión, no entiende que obra de manera dudosa al, en primer lugar, ofrecer una compasión que por más que intente interpretar e intentar representar no logra hacerlo. Evade, desde el inicio, sabemos que es un escapista profesional, pero magistralmente el autor austriaco prolonga su contradicción, en un contrapunteo constante lo desnuda y viste con múltiples apariencias emocionales.

Los sucesos en los que se ve envuelto el protagonista, en apariencia, se representan bajo la forma de la norma social y moral, la norma burguesa, el reglamento militar, y la formación temprana del carácter; pero todo esto, se pone en cuestión en la medida que se representa y se escenifica la obra, se va destejiendo lo que primero parecía ser una imagen fija, como una marca que se desvanece pero que nunca pierde vigencia. La literatura es esto, contradicción, abismo, puesta en escena de la complejidad con la que se hila la vida de los hombres.

¹¹⁵ Mèlich. Op. cit., p. 85

El dulce aroma de compromiso entre Edith y Hofmiller se expande por todo los rincones, las personas cercanas al militar se enteran, este tras huir desenfrenadamente lo niega, su confusión lo lleva a querer quitarse la vida, pero la norma militar interviene y es su superior quien lo convence y curiosamente la guerra interviene para que este joven inquieto y contradictorio se refugiara en ella, como si las inclemencias de la gran guerra que se aproximaba no tuvieran comparación con el feroz e incontrolable sentimiento que no supo traducir hacia la joven lisiada. Es el asesinato del Archiduque Francisco Fernando de Austria, el que permite huir a Hofmiller de allí. Pretexto necesario, pero que por llevarlo a cabo y tras la irrupción del farmaceuta en casa de los Keskefalva para contarle al viejo la huida del joven militar, Edith escucha todo, serena, en apariencia, sonrío, con la nobleza de un samurái decide poner en vigencia su honor y no hace notar la turbulencia interna que la aqueja, aquella impaciencia de su corazón, Ilona su prima y su padre no sospechan. Hasta un día, a las 4:30, hora en que siempre esperaba a su amado. Se lanza de la terraza.

El factor decisivo fue la noticia fidedigna que le dio mi ordenanza: yo había partido en misión oficial por un tiempo y no había dejado aviso para nadie. Llevada por la impaciencia de su corazón, no quiso esperar ni un día ni una hora más. Ya la había decepcionado demasiado hondo, la había herido tan mortalmente, que ya no podía seguir confiando en mí, y mi debilidad le dio a ella una fortaleza fatal.¹¹⁶

Este final y al tiempo inversión de todos los sentimiento que rodean la trama de la novela, convierten a la Impaciencia del Corazón en una *técnica de la compasión* que permite mostrar la validez de la literatura como escenario donde se escenifica el problema de la ética. Es el escritor catalán quien ilustra muy bien dicho propósito:

La lectura de un texto literario no es un diálogo sino una interpelación y una respuesta. Hay una asimetría radical entre lo escrito y el lector, entre lo extraño y lo propio, entre el otro y el mismo, una asimetría que nunca podrá soldarse. Entre ambos polos existe una correspondencia, pero no un consenso, aunque a menudo se intente negar la tensión.¹¹⁷

¹¹⁶ Zweig. Op. cit., p. 996

¹¹⁷ Mèlich. Op. cit., p. 87

La inversión con la que el autor nos ayuda a ilustrar el motivo por el que muchos individuos, en apariencia, realizan una acción valerosa, pero que en el fondo dicha acción no se corresponde más que a una debilidad oculta, la de los sentimientos, la de aquellos escenarios plagados de tensiones en los que ciertos hombres sucumben y prefieren evadir, muestra un elemento primordial para entender por qué tantas personas vieron en la guerra una especie de escape, una huida. De ahí que tantos hombres fuesen felices, como lo demuestran las imágenes a tan macabra carnicería como lo fue la primera guerra mundial.

Al final Hofmiller, reflexiona lo siguiente:

De los ciento de miles de hombres que la guerra movilizó en aquellos días de agosto, estoy seguro de que pocos marcharon a los frentes tan serenos e incluso tan impacientes como yo. Y no porque estuviera ansioso por combatir. Era solo una escapatoria, una salvación para mí; me refugiaba en la guerra como un criminal en la oscuridad.¹¹⁸

Conclusión

La máxima pretensión de esta minúscula empresa, consistió en señalar, como antaño, hacia el misterio que se representa en la obra literaria, entendida como un lugar necesario, por su inutilidad, en donde se representan aquellos aspectos de la vida de los hombres sin ningún tipo de restricción, sin ninguna intensión moralizante dirigida a formar juicios a priori sobre la ambigua y siempre compleja circunstancia del lector. Esta condición ecléctica del artefacto literario permite hallar un lugar ideal para que cada individuo se encuentre con lo que podemos nominar el problema de la ética. Es decir, un terreno común: literatura y ética, pues consideramos que la verdadera pedagogía es aquella que el mismo individuo teje en la medida en que el panorama de tensiones que cobija una obra de alta envergadura lo lleva a plantearse infinidad de cuestionamientos.

¹¹⁸ Zweig. Op. cit., p. 994

Además, atendiendo a las consideraciones de la época que nos corresponde, es vital comprender la reflexión ética ya no como un manual de conducta, basado en leyes inmutables que no tienen en cuenta la vida misma, representada cotidianamente por cada uno de los hombres en sus diferentes escenarios. Por ello, consideramos la obra literaria como una técnica compasiva, pues no orienta ni dirige, no encapsula verdades ni establece paradigmas de conducta. Pues en ella se presenta la condición ambigua del hombre. De ahí que sea la herramienta más útil para un pensar el problema ético. Por ello, consideramos que una manera de enseñar ética en cualquier disciplina, tendría como punto de partida a la literatura. Ante el imperio de la corrección política y el revisionismo histórico, urge asomarse al mundo de la ficción, pues en él se demarcan los esquemas del hombre en todas sus dimensiones y pliegues, haciendo invisible el esquema, de ahí su pericia. Allí nada es bueno ni malo, nada es exacto ni definitivo, todo está invadido de polaridades, en tránsito. Allí, se evidencia ese claroscuro que hace al hombre una criatura formidable.

Bibliografía

- Amador Bech, J. H. (2012). La humanidad de lo humano: Aproximaciones a la antropología de Lluís Duch. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 25-40.
- Amestoy, N. R. (2011). Protestantismo, piedad y ética. *Franciscanum. Revista de las ciencias del espíritu*, 32.
- Aristóteles. (1998). *Ética Eudemia*, ed. Julio Pallí. Madrid: Gredos.
- Aristóteles, P., & Madrid, G. (1974). Edición trilingüe de V. García Yebra. Madrid, Gredos.
- Argüello, R. (2004). Ciudad gótica, esperpéntica y mediática. Bogotá, Ambrosía.
- Ayllón, J. R. (2011). *Introducción a la ética*. Madrid: Palabra.
- Barahona, E. A. E. (2001). De ethikós y de litterae: Contornos teóricos para un curso de Ética y Literatura. *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, (18), 13.
- Balzac, H. d. (1985). *Papá Goriot*. Bogotá: Oveja Negra
- Berlin, I. (1965). *Las raíces del romanticismo*. Washington D.C: Taurus
- Campuzano, P. M. (28 de Octubre de 2014). *Pablo Montoya*. Recuperado el 20 de Enero de 2019, de <http://www.pablomontoya.net/quien-es-maqroll-el-gaviero/>

- Camps, V. (2017). *Breve historia de la ética*. Barelena: RBA.
- Cañas, J. L. (2017). Lutero y la irrupción de la modernidad. *500 aniversario de la Reforma Protestante, Universidad Complutense de Madrid*. Ateneo de Madrid.
- Cobo Borda, Gustavo. (1988) Soy monárquico, gibelino y legitimista. Tras las rutas de Maqroll el Gaviero, 1981-1988, Santiago, ed. Cali: Proartes, Gobernación del Valle y revista literaria Gradiva.
- Clark, C. (2014). *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*. Madrid: Galaxia Gutenberg.
- Constaín, J. E. (31 de Agosto de 2016). Qué fanatismo. *El Tiempo*.
- Duch, L. (2008). Del trayecto autobiográfico al proyecto antropológico, antropología simbólica y corporeidad cotidiana. (M. C. Manuel Lavaniegos, Entrevistador)
- Duch, L. (1999). Mito, interpretación y cultura. Barcelona: Herder.
- Eagleton, T. (2016). Una introducción a la teoría literaria. Fondo de Cultura económica.
- Egolf, T. (1998). *El amo del corral*. Barcelona: Mondadori.
- Esquirol, J. M. (2015). *La resistencia íntima: ensayo de una filosofía de la proximidad*. Barcelona: Acantilado.
- Ferro, H. M.-1. (2006). Kant: una ética para la modernidad. *Diálogos de saberes: investigaciones y ciencias sociales*.
- Flaubert, G. (1982). *Madame Bovary*. Bogotá: Oveja Negra.
- Frye, N. (1988). *Anatomía de la crítica*. Twayne Publishers.
- Gómez-Dávila, N. (2013). *Escolios a un Texto Implícito*. Bogotá: Villegas editores.
- Hölderlin, F., & Munárriz, J. (2003). Hiperión o el eremita en Grecia. Gredos.
- Jaspers, K. (1980). *Origen y meta de la historia*. Madrid: Alianza.
- Kundera, M. (1979). *El arte de la novela*. Ciudad de México: TusQuets.
- Levinas, E. (1987). *Totalidad e infinito: ensayo sobre la exterioridad, traducción de DE Guillot*. Sígueme.
- Lledó, E. (1994). *Memoria de la ética*. Madrid: Tauros.
- MacIntyre, A. (1976). *Historia de la ética*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Magris, C. (2001). *Utopía y desencanto, historias, esperanzas e ilusiones de la modernidad*. Barcelona: Anagrama.
- Marlasca, A. (2005). El origen de la ética: Las raíces evolutivas del fenómeno moral en F.J Ayala. *Revista de Filosofía Universidad Costa Rica XLII*, 25.
- Market, O. (1992). Ética y racionalidad en Kant. *Universidad Complutense de Madrid*, 64.
- Mèlich, J. C. (2010). Poética de lo íntimo (Sobre Ética y Antropología). *Ars Brevis*, 314-331.
- Melich, J. C. (2013). *Ética de la Compasión*. Barcelona: Herder.
- Maturin, C. R., & Oliver, F. T. (1985). Melmoth el errabundo. Barcelona: Bruguera.
- Mutis, Álvaro, 1997. Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero. Madrid: Siruela.
- Nancy, J.-L. (2010). *Justo, imposible*. Barcelona: Proteus.

- Navarro, O. (2007). El «rostro» del otro: Una lectura de la ética de la alteridad de Emmanuel Lévinas. *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, 13.
- Nietzsche, F. (1979). *Así habló zarathustra*. Madrid: Alianza.
- Rey, I. C. (03 de Noviembre de 2017). Alegría para el pensamiento, Ética del desorden', un ensayo que invita a esquivar la rutina y pensar cómo vivimos. (A. Lladó, Entrevistador)
- Santillán, M. Á. (s.f.). Ética y Política en Locke: De los Derechos Humanos a los Humanos sin Derechos. *Escritura y Pensamiento*, 39-65.
- Schopenhauer, A. (2007). *Los dos problemas fundamentales de la ética*. Madrid: Siglo XXI.
- Sloterdijk, P. (2012). *Has de cambiar tu vida*. España: Pre-Textos.
- Sloterdijk, P. (2009). Esferas: microsferología. Burbujas. I. Siruela.
- Steiner, G. (2013). En el castillo de Barba Azul. Editorial Gedisa.
- Trías, E. (1997). Pensar la religión. Barcelona: Destino.
- Villacañas, J. (2017). La ética en el contexto socio-cultural actual.
- Von Chamisso, A. (2015). La maravillosa historia de Peter Schlemilh. Nordica.
- Zweig, S. (2012). Novelas. Barcelona: Acantilado.